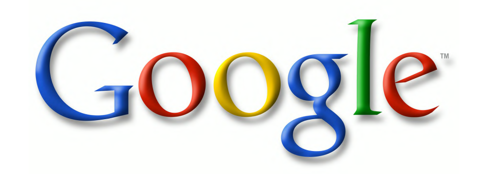
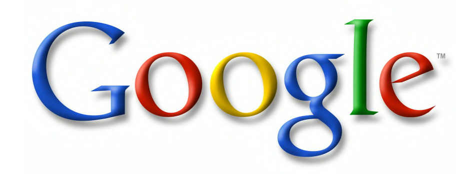
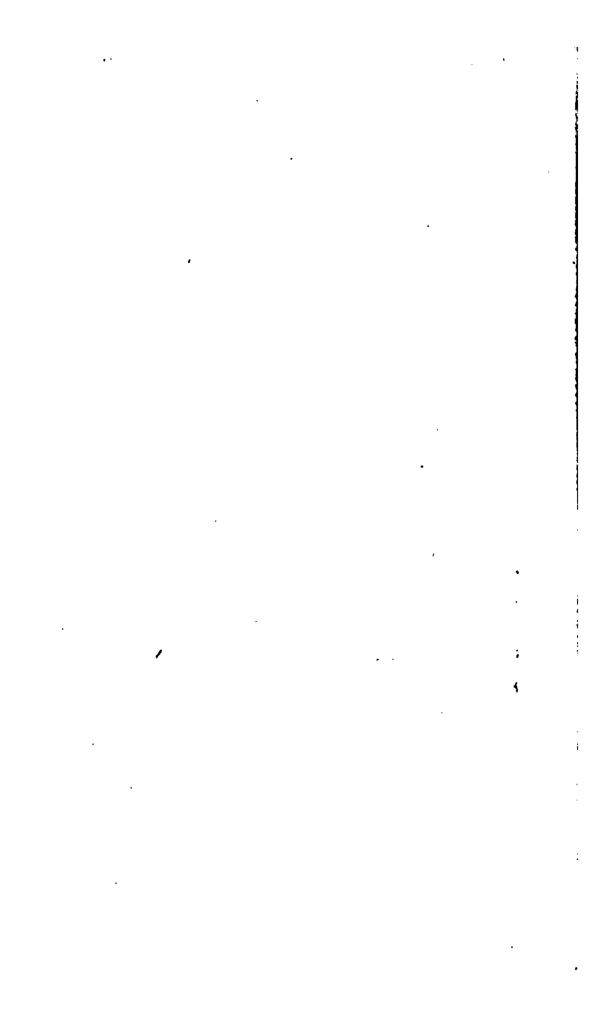




Melendez





POESIAS ESCOGIDAS

DE

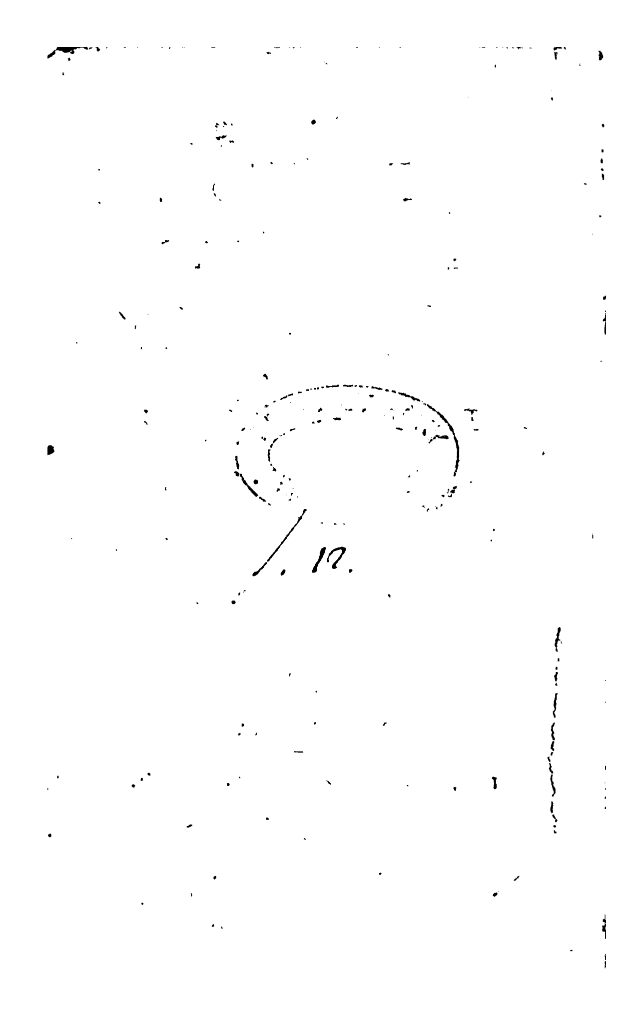
D. JUAN MELENDEZ VALDES.

TOMO PRIMERO.

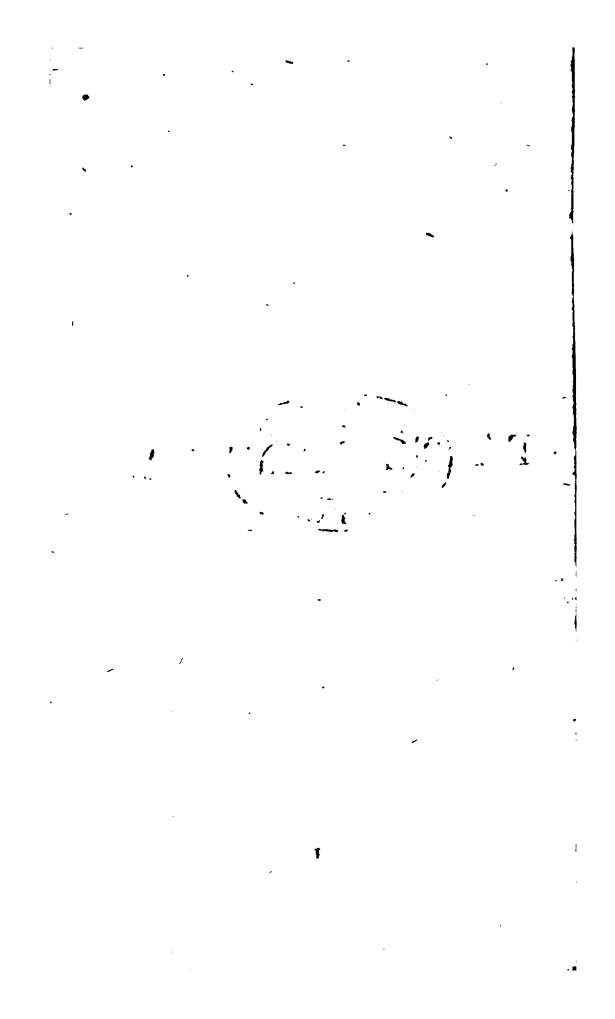
EN. VALENCIA

POR JOSÉ FERRER DE ORGA Y COMPAÑÍA.

AÑO 1811.



PARTE PRIMERA.



ODAS ANACREÓNTICAS.

Et juvenum curas, et libera vina.

Horat.

A MIS LECTORES.

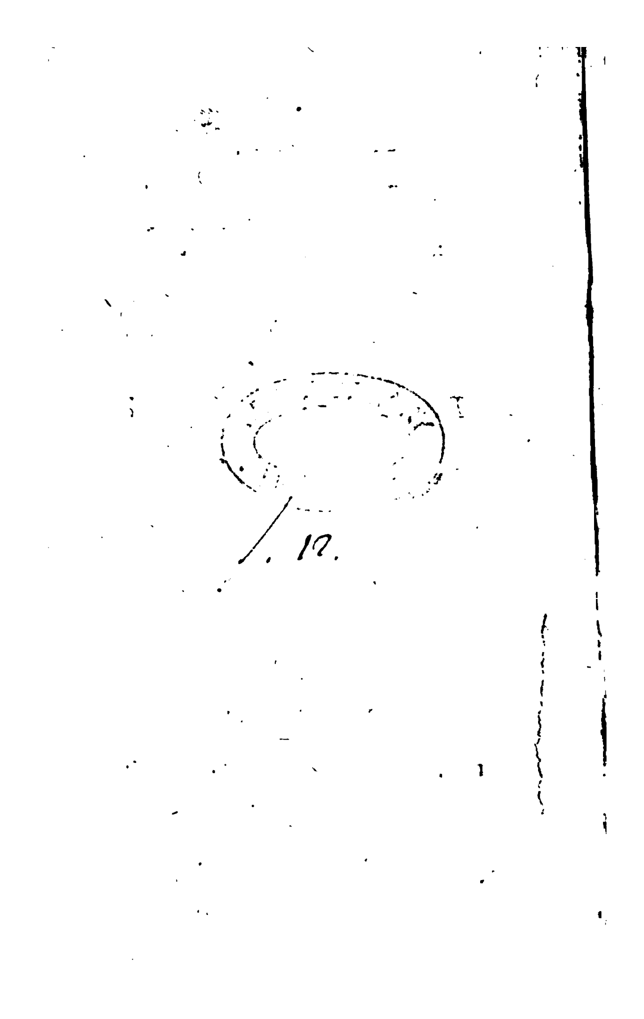
No con mi blanda lira
Serán en ayes tristes
Lloradas las fortunas
De reyes infelices;
Ni el grito del soldado
Feroz en crudas lides,
O el trueno con que arroja
La bala el bronce horrible.
Yo tiemblo y me estremezco;
Que el númen no permite
A el labio temeroso
Canciones tan sublimes.
Muchacho soy, y quiero
Decir mas apacibles
Querellas, y gozarme
Con danzas y convites.
En ellos coronado

De rosas y alelíes,
Entre risas y versos
Menudeo los bríndis.
En coros las muchachas
Se juntan por oirme,
Y al punto mis cantares
Con nuevo ardor repiten;
Pues Baco y el de Vénus
Me diéron, que felice
Celebre en dulces himnos
Sus glorias y festines.

ODA I.

DE MIS CANTARES.

Tras una mariposa,
Qual zagalejo simple,
Corriendo por el valle
La senda a perder vine.
Recostéme cansado,
Y un sueño tan felice
Gozé, que aun hoy gustoso
Mi labio lo repite.
Qual otros dos zagales
De belleza increible,
Baco y Amor se llegan
A mi con paso libre.
Amor un dulce tiro
Riendo me despide,
Y entrambas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.



PARTE PRIMERA.

Ya en el valle se pierde,
Ya en una flor se para,
Ya otra besa festivo,
Y otra ronda y halaga.
Las zagalas al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
Una a cogerle llega,
Y él la burla y se escapa;
Otra en pos va corriendo,
Y otra simple le llama.
Ya que juntas las mira,
En un punto mudada
La forma Amor se muestra,
Y a todas las abrasa.
Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardó el fementido,
Y así a todos alcanza.
Tambien de mariposa

Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere, y de un pecho
A herir otro se pasa.

ODA III.

A DORILA.

¡Como se van las horas,
Y tràs ellas los dias,
Y los alegres años
De nuestra frágil vida!
Luego la vejez viene,
La muerte se avecina
Con pálidos temblores,
Aguándonos las dichas.
El cuerpo se entorpecé,
Los ayres nos fatigan,
Nos huyen los placeres,
Y dexa la alegría.

Pues si esto nos aguarda,
¿Para que, mi Dorila,
Son los floridos años
De nuestra frágil vida?
Para inocentes gozos,
Y cantares y risas,
Nos los diéron los cielos,
Las Gracias los destinan.
Pues ¡ay! ¿que te detienes?
Ven, ven, paloma mia,
Debaxo de estas parras
Do el céfiro suspira,
Y entre juegos süaves,
Y entre puras delicias
De la niñez gozemos,
Pues vuela tan aprisa.

ODA IV.

DEL AMOR.

Pensaba quando niño,
Que era tener amores
Vivir en mil delicias,
Morar entre los Dioses.
Mas luego rapazuelo
Dorila cautivóme,
Muchacha de mis años,
Envidia de Dione;
Y hallé desengañado
Que amor todo es trayciones,
Y guerras y martirios,
Y penas y dolores.

ODA V.

DE UN BAYLE.

Ya torna mayo alegre
Con sus serenos dias,
Y del amor le siguen
Los juegos y la risa.
De ramo en ramo cantan
Las tiernas avecillas
El fuego regalado
Que el pecho les agita;
Y el céfiro en las flores
Jugando con lasciva
Mano, su cáliz abre,
Y a besos mil las liba.
Salid, salid, zagalas,
Mezclaos a la alegría
Comun en sueltos bayles
Y música festiva.

Venid, que el sol se esconde,
Las sombras mas benignas
Dan al pudor un velo,
Y a amor nueva osadía.
¡O! ¡qual el pecho salta
De gozo! ¡como imita
Los tonos y compases
De vuestra voz divina!
Mis plantas y mis ojos
No hay paso que no finjan,
Cadena que no formen,
Y rueda que no sigan.
Huye veloz burlando
Clori del fino Aminta,
Torna, se aparta, corre,
Y así al zagal convida.
Con que expresion y juego
De talle y brazos Silvia,
En amable abandono
Su Palemon esquiva!
La fresca yerbezuela

Con pie mas tardo pisa
De Flora el tierno amante,
O la mariposilla,
Que ardiente Melibeo
A Celia solicita,
La apremia con halagos,
Y en torno de ella gira.
Pero Dorila ¡o cielos!
¿Quien vió tan peregrina
Gracia? ¿viveza tanta?
¡Qual sobre todas brilla!
¡Que espalda tan ayrosa!
¡Que cuello! ¡que expresiva
Volverle un tanto sabe,
Si el rostro afable inclina!
¡Ay! ¡que voluptuosos
Sus pasos! ¡como animan
Al mas cobarde amante,
Y al mas helado irritan!
Al premio, al dulce premio
Parece que le brindan

De amor, quando le ostentan
Un seno que palpita.
¡Quan dócil es su planta!
¡Que acorde a la medida
Va del compas! las Gracias
Parece que la guian.
Y ella de frescas rosas
La blonda sien ceñida
Su ropa libra al viento,
Que un manso soplo agita.
Con timidez donosa
De Cloe simplecilla
Por los floridos labios
Vaga una afable risa.
A su zagal incauta
Con blandas carrerillas
Se llega, y vergonzosa
Al punto se retira.
Mas ved, ved el delirio
De Anarda en su atrevida
Soltura: ¡sus pasiones

Quan bien con él nos pinta!
Sus ojos son centellas,
Con cuya llama activa
Arde en placer el pecho
De quantos ¡ay! la miran.
Los pies qual torbellino
De rapidez no vista,
Por todas partes vagan,
Y a Licidas fatigan.
¡Que Dédalo amoroso!
¡Que lazo aquel que unidas
Las manos con Menalca,
Formó amorosa Lidia!
¡Qual andan! ¡qual se enredan!
¡Quan vivamente explican
Su fuego en los halagos,
Su calma en las delicias!
¡O pechos inocentes!
¡O union! ¡o paz sencilla,
Que huyendo las ciudades,
El campo solo habitas!

¡Ah! ¡reyna entre nosotros
Por siempre, amable hija
Del cielo, acompañada
Del gozo y la alegría!

ODA VI.

DE LAS RIQUEZAS.

Ya de mis verdes años
Como un alegre sueño
Voláron diez y nueve,
Sin saber donde fuéron.
Yo los llamo afligido,
Mas pararlos no puedo,
Que cada vez mas huyen
Por mucho que les ruego;
Y todos los tesoros,
Que guarda en sus mineros
La tierra, hacer no pueden

Que cesen un momento.
Pues léjos ; ea, el oro.
¿Para que el afan necio
De enriquecerse a costa
De la salud y el sueño?
Si mas gozosa vida
Me diera a mí el dinero,
O con él las virtudes
Encerrara en mi pecho,
Buscáralo ¡ay! entónces
Con hidrópico anhelo;
Pero si esto no puede,
Para nada lo quiero.

ODA VII.

A UN RUISEÑOR.

¡Con que alegres cantares,
O ruiseñor, celebras
Tu dicha, y de tu amada
El tierno afan recreas!
Ella del blando nido
Te responde halagüeña
Con piadas süaves,
Y se angustia si cesas.
Las otras aves callan,
Y el eco tus querellas
Con voz aduladora
Repite por la selva,
Miéntras el cefirillo
De envidioso te inquieta,
Las hojas agitando
Con ala mas traviesa.

Tú cesas y te turbas:
Atento adonde suena
Te vuelves, y cobarde
De ramo en ramo vuelas.
Mas luego ya seguro
Los silbos le remedas,
El triunfo solemnizas
Y tornas a tus quejas.
Así la noche engañas,
Y el sol quando despierta,
Aun goza la armonía
De tu amorosa vela.
¡O avecilla felice!
¡O que bien la fineza
De tu pecho encareces
Con tu voz lisonjera!
Ya pias cariñoso,
Ya mas alto gorgeas,
Ya al ardor que te agita
Tu garganta enagenas.
¡O! no ceses, no ceses

En tan dulce tarea,
Que en delicias de oirte
Mi espíritu se anega.
Así el cielo tu nido
De asechanzas defienda,
Y tu amable consorte
Fiel por siempre te sea.
Yo tambien soy cautivo,
Tambien yo si tuviera
Tu piquito agradable,
Te diria mis penas.
Y en sencillos coloquios
Alternando las letras,
Tú cantaras tus glorias,
Y yo mi fe sincera.
Que los malignos hombres
Burlan de la inocencia,
Y expónese a su risa
Quien su dicha les cuenta.

ODA VIII.

DE LOS LABIOS DE DORILA.

La rosa de Citéres,
Primicia del verano,
Delicia de los Dioses
Y adorno de los campos:
Objeto del deseo
De las bellas, del llanto
Del alba feliz hija,
Del dulce Amor cuidado.
¡O! ¡quan atras se queda,
Si necio la comparo,
En púrpura y fragancia,
Dorila, con tus labios!
Hora el virginal seno
Al soplo regalado
De aura vital desplegue
Del sol al primer rayo;

Hora en subido aroma
Mas feliz tu nevado
Seno inunde, y tú inclines
La nariz por gozarlo.

ODA IX.

DE MIS NIÑECES.

Siendo yo niño tierno,
Con la niña Dorila
Me andaba por la selva
Cogiendo florecillas,
De que alegres guirnaldas
Con gracia peregrina,
Para ambos coronarnos,
Su mano disponia.
Así en niñeces tales
De juegos y delicias
Pasábamos felices

Las ondea y revuelve.
Encima una guirnalda
De rosas, que releven
El contraste agraciado
De las cándidas sienes;
De do con ayre hermoso
De magestad alegre,
La tersa frente asome,
Qual plata reluciente.
Mas para que la gracia
Le des con que se extiende,
La fragante azucena
Te prestará su nieve.
Luego en las negras cejas
Tu habilidad ordene
La magestad del arco,
Que nace quando llueve.
Y al traydor Cupidillo
Podrás tambien ponerme,
Que en medio esté asentado,
Y a todos viyaz fleche.

Los ojos de paloma
Que a su pichon se vuelve
Rendida ya de amores,
Y un beso le promete.
De llama las pupilas
Que bullan y se alegren;
Mil lindos Amorcitos
Jugando en torno vuelen.
Y porque el fuego apague,
Que sus rayos encienden,
La nariz proporciona
Tornátil y de nieve.
Y luego entre los labios
Deshoja mil claveles,
Que nunca puedes darle
La púrpura que tienen.
Su boca... pero aguarda,
Los pequeñuelos dientes
Haz de menudo aljófar,
Que unidos no discrepen.
Y dentro, si a ello alcanzas,

ODA XI.

DONDE HALLÉ AL AMOR.

De mi donosa al lado
Seguia de amor ciego,
De sus amables ojos
El dulce movimiento,
Que hora en llamas vivaces
Centellaban inquietos,
Y qual rayos agudos
Traspasaban mi pecho.
Hora al paso a los mios
Salian halagüeños,
Mi espíritu inundando
De celestial contento.
Hora en giro voluble
Se perdieran traviesos,
Huyendo de mis fieles
Pupilas el encuentro.

Hora hallarlas querian,
Y hora en lánguido fuego
Sobre mí se fixaban
Desmayados y tiernos.
Entónces ¡ay! entónces
Mi crédulo deseo
Ver pensó deslumbrado
Al niño Amor en ellos.
Y alentado del mismo,
Atrevido, sin seso,
Todo su númen quise
Trasladar a mi seno.
Empero mis amores
Donosa sonriendo,
¡Ay! dixo: no en mis ojos
Está el Amor, o necio;
Sino en mi boca: y blanda,
Los labios entreabiertos
De rosa, de armonía
Llenó su voz el viento.
Yo al oirla encantado

Corrí loco a su encuentro,
Y hallé al fin venturoso
Al rapaz cegueznelo.
Halléle de sus trinos
En el almo embeleso,
Y en sus purpúreos labios,
Y en su fragante aliento.
Así feliz de entónces
Quando a Amor hallar quiero,
Corro a su amable boca
Y allí, allí le sorprendo.

ODA XII.

DE MIS CANTARES.

Las zagalas me dicen:
¿Como siendo tan niño,
Tanto, Batilo, cantas
De amores y de vino?
Yo voy a responderles;
Mas luego de improviso
Me vienen nuevos versos
De Baco y de Cupido.
Porque las dos deidades,
Sin poder resistirlo,
Todo mi pecho, todo
Tienen ya poseido.

ODA XIII.

LA TORTOLILLA.

¡O dulce tortolilla!
No mas la selva muda
Con tus dolientes ayes
Molestes importuna.
Dexa el arrullo triste,
Y al cielo no ya mustia
Te vuelvas, ni angustiada
Las otras aves huyas.
¿Que valen ¡ay! tus quejas?
¿Acaso de la obscura
Morada de la muerte
Tu dueño las escucha?
¿Le adularás con ellas?
¿O allá en la fria tumba
Los míseros que duermen,
De lágrimas se cuidan?

¡Ay! no; que do la parca
Los guarda con ley dura,
No alcanzan los gemidos,
Por mas que el ayre turban.
En vano te querellas:
¿Do vuelas? ¿por que buscas
Las sombras ¡ó infelice!
Negada a la luz pura?
Vuelve, cuitada, vuelve,
Y a llantos de viüda
Del blando amor sucedan
De nuevo las ternuras.
Orna el hermoso cuello,
Los ojos desanubla,
Y aliña artificiosa
Las descuidadas plumas.
Verás qual de tu pecho
Su ardór benigno muda
En risas y placeres
Los duelos y amargura.

ODA XIV.

A LA MISMA.

¿De do tus quejas vienen,
Sensible tortolilla?
¿El bien perdido lloras?
¿O en blando amor suspiras?
Amor, amor te inflama:
Rindióse al fin la esquiva
Constancia; bien tus ojos
Incautos lo publican.
¡Qual brillan! ¡quan alegres
Se mueven sus pupilas!
¡Con que ternura y gracia
Al nuevo dueño miran!
Parece que al volverse
Le dicen: ya las iras
Cesáron, ven y goza
Por premio mil delicias.

El llega, y de cobarde
Con vueltas repetidas
Te rodea, y tu lado
Gimiendo solicita.
¡O tórtola dichosa!
¿Do vuelas? ¿tus caricias
Le niegas? ¿o así huyendo
Su ardiente amor irritas?
Ya paras, ya al arrullo
Respondes, ya lasciva
Le llamas, y a besarlo
Ya el tierno pico inclinas.
Tu espléndido plumage
Se encrespa y al sol brilla,
Tus alas se conmueven,
Y gimes y te agitas.
¡Felice tú! ¡tu amante
Feliz, y esa florida
Haya que en blando lecho
Con dulce paz os brinda!

ODA XV.

DE UN HABLAR MUY GRACIOSO.

Dan tus labios de rosa
Si los abres, bien mio,
El mas sabroso néctar
Y el aroma mas fino.
Dan el almo deleyte,
Que allá en el alto Olimpo
Gozan los inmortales,
Y enagena el sentido.
El ámbar que la rosa
Exhala al matutino
Albor, con su perfume
No es de igualarse digno.
La suave miel que liban
Del romeral florido
Las abejas, con ellos

Causa amargor y hastío.
El sabor delicioso
Del mas preciado vino
Es al labio sediento
Ménos dulce y subido.
Su acento es muy mas grato
Que el amoroso trino
Del ruiseñor, que el vuelo
Del fugaz cefirillo.
Porque todas sus llamas,
Donayres y cariños,
Y encantos y delicias
Amor les dió benigno.

ODA XVI.

DEL VINO Y EL AMOR.

Con una dulce copa
Despierta mi cariño,
Si de amor en los fuegos
Dorila me ve tibio.
Y si yo desdeñosa
O cobarde la miro,
Al punto sus temores
Adormezco entre vinos.
Sabedlo pues, amantes,
Porque Baco y Cupido
Hermanados se prestan
Sus llamas y delirios.

ODA XVII.

DE LAS CIENCIAS.

Apliquéme a las ciencias,
Creyendo en sus verdades
Hallar fácil alivio
Para todos mis males.
¡O que engaño tan necio!
¡O quan caro me sale!
A mis versos me torno,
Y a mis juegos y bayles.
Por cierto que la vida
Tiene pocos afanes,
Para darle otros nuevos
Y añadirle pesares.
Aténgome a mi Baco,
Que es risueño y afable,
Pues los sabios, Dorila,
Ser felices no saben.

¿Que me importa que fixo
Qual un bello diamante
El sol esté en el cielo,
Como él nazca a alumbrarme?
La luna está poblada...
Mas que tenga millares
De vivientes, pues que ellos
Ningun daño me hacen.
Quita allá las historias:
Que del Danubio al Gánges
Furioso sus banderas
El Macedon llevase,
¿Que nos hará, Dorila?
Si por mucho que pasten,
Sobra a nuestras corderas
La mitad de este valle.
Pues si no a la justicia....
Venga un sorbo al instante,
Que en nombrando esta Diosa,
Me estremezco cobarde.
Los que estudian, padecen

Mil molestias y achaques,
Desvelados y tristes,
Silençiosos y graves.
Y ¿que sacan? mil dudas,
Y de estas luego nacen
Otros nuevos desvelos,
Que otras dudas les traen.
Así pasan la vida,
¡Vida cierto envidiable!
En disputas y en odios,
Sin jamas concertarse.
Dame vino, zagala,
Que como él no me falte,
No hayas miedo que cesen
Mis alegres cantares.

ODA XVIII.

DE DORILA.

Al prado fué por flores
La muchacha Dorila,
Alegre como el mayo,
Como las Gracias linda.
Tornó llorando a casa
Turbada y pensativa,
Mal trenzado el cabello
Y la color perdida.
Pregúntanla que tiene,
Y ella llora afligida;
Háblanla, no responde;
Ríñenla, no replica.
¿Pues que mal será el suyo?
Las señales indican,
Que quando fué por flores
Perdió la que tenía.

ODA XIX.

DE LAS NAVIDADES.

A JOVINO.

Pues vienen navidades
Cuidados abandona,
Y toma por un rato
La cítara sonora.
Cantarémos, Jovino,
Miéntras que el euro sopla,
Con voces acordadas
De Anacreon las odas.
O a par del dulce fuego
Las fugitivas horas
Engañarémos juntos
En pláticas sabrosas.
Ellas van, y no vuelven
De las nocturnas sombras:
¿Por qué pues con desvelos

Hacerlas aun mas cortas?
Yo vi en mi primavera
Mi barba vergonzosa,
Qual el dorado vello
Que el albérchigo brota,
Y en mis cándidas sienes
El oro en hebras roxas,
Que ya los años tristes
Obscuras me las tornan.
Yo vi al abril florido
Que el valle alegre borda,
Y al abrasado julio
Vi marchitar su alfombra.
Vino el opimo octubre,
Las uvas se sazonan;
Mas el diciembre helado
Le arrebató su pompa.
Los dias y los meses
Escapan como sombra,
Y a los meses los años
Suceden por la posta.

Así a la triste vida
Quitemos las zozobras
Con el dorado vino,
Que bulle ya en la copa.
¿Quien los cuidados tristes
Con él no desaloja,
Y al padre Baco canta
Y a Vénus cipriota?
Ciñámonos las sienes
De mirtos y de rosa:
Brindemos, y aunque el euro
Combata con el boreas,
¿Que a nosotros su silbo?
Si el pecho alegre goza
De Baco y sus ardores,
De Vénus y sus glorias.
Acuérdome una tarde,
Quando el sol entre sombras
Baxaba despeñado
Al reyno de la aurora,
Que yo al hogar cantaba

De mi inocente choza,
Miéntras baylaban juntos
Zagales y pastoras,
De nuestro amor sencillo
La suerte venturosa:
Riquísimo tesoro,
Que en tí mi pecho goza.
Y haciendo por tu vida,
Que tanto a España importa,
Mil súplicas al cielo
Con voces fervorosas,
Cogí en la diestra mano,
Cogí la brindadora
Taza, y con sed amiga
Por tí la apuré toda.
Quedáron admirados
Zagales que blasonan
De báquicos furores,
Al ver mi audacia loca.
Mas yo tomando al punto
Con sed aun mas beoda,

Segunda vez libréla
Del néctar que la colma.
Cantando enardecido
Con lira sonorosa
Tu nombre, y las amables
Virtudes que le adornan.

ODA XX.

A LAS ABEJAS.

Solícitas abejas,
No en los tendidos valles
Mas revoleis inquietas
Por vuestra miel süave.
No apureis de la rosa,
Quando el rubio sol nace,
Las perlas de que el alba
Llenó su tierno cáliz.
Ni su albor puro sienta.

La azucena fragante
Por vosotras ajado,
Si buscais azahares.
Y el clavel oloroso
Para las bellas guarde
Su pompa, y con la nieve
De sus pechos contraste.
Mas los labios floridos
Asaltad susurrantes
De mi amada, y el néctar
Que destílan robadle.
Allí nardo y aromas,
Y dulzor inefable,
Y líquido rocío
Halláréis abundante.
Pero dad a los mios
Del feliz robo parte,
Sin que a herirlos se atreva
Vuestro dardo punzante.
Que es su boca divina
Venero inagotable

De miel süave y pura,
De gracias celestiales.

ODA XXI.

DE UN CUPIDO.

Al partir y dexarla
Medrosa de mi olvido,
Me dió como en memoria
Dorila un Cupidillo.
Por cierto el ceguezuelo
Muy agraciado y lindo,
Las alitas doradas,
Y en la mano sus tiros.
La aljaba al hombro bello
Y el arco vengativo;
Y como si temblara
Por su nudez de frio.
Yo lastimado al verle

Burlándome le abrigo;
Ya le tomo en mis brazos,
Ya a mis labios le arrimo.
Inocente le beso,
Con él juego y me rio,
Escóndole en mi pecho,
Y blando le acaricio.
Pero sentí al instante
Mil ardientes latidos;
¿Y que fué? que allá dentro
Se me entró el fementido.

ODA XXII.

DE MIS DESEOS.

¿Que te pide el Poeta?
¿Dí, Apolo, que te pide,
Quando derrama el vaso,
Quando el himno repite?
No que le des riquezas,
Que necios le codicien,
Ni puestos encumbrados,
Que mil cuidados siguen.
No grandes posesiones,
Que abrazen con sus lindes
Las fértiles dehesas,
Que el Güadiana ciñe:
Ni ménos de la India
El oro y los marfiles,
Preciadas esmeraldas,
Lumbrosos amatistes.

Goze, goze en buen hora,
Sin que yo se lo envidie,
El rico sus tesoros,
Sus glorias el felice.
Y el mercader avaro,
Que entre escollos y sirtes
Vaga sediento de oro,
Quando la playa pise,
Con generosos vinos
A sus amigos brinde
En la esmaltada copa,
Que su opulencia indique:
Que yo en mi pobre estado
Y en estrechez humilde
Con poco estoy contento,
Pues con poco se vive.
Y así te ruego solo,
Que en quietud apacible
Inocentes y ledos
Mis años se deslizen,
Sin que a ninguno tema,

Ni ageno bien suspire,
Ni la vejez cansada
De mi lira me prive.

ODA XXIII.

LAS AVES.

Dorila esquiva, tente,
Y escucha los suspiros
Que da la tortolilla
Llorando a su querido.
Mira como en el árbol
Mas seco, ronco el pico,
Sin luz el cuello hermoso,
Los ojos descaidos,
Se queda desmayada,
Y al cielo compasivo
Se vuelve, qual si diera

El último quejido.
Mírala ya elevada,
Ya inmóvil, ya al rüido
Mas leve atenta que hace
Del viento el raudo silbo.
La muerte hirió a su esposo:
Fiel ella en su cariño
Le llora, y cierra el pecho
De amor al dulce alivio.
De chopo en chopo vaga
Buscando aquellos sitios
Mas lóbregos, que aumenten
Su duelo y su martirio.
¡O tórtola infelice!
¡Cuitada! ¿que delirio
Te arrastra? ¿que aprovecha
Tan ciego desvarío?
¿Por que con roncos ayes
Profanas el asilo
De amor, do solo suenan
Sus delicados himnos?

¡O! ¡que en tu mal te engañas!
¡Te engañas! si el oido
Rebelde a los halagos
Cierras del nuevo amigo.
Las otras aves mira:
¡Que fáciles! ¡que vivos
Son siempre sus placeres!
¡Que amorosos sus pios!
No buscan, no, las sombras:
El valle mas florido
Sus dichas ve, y resuena
Con sus alegres trinos.
Ya en una débil rama,
Al impulso benigno
Se mecen y recrean
Del vago cefirillo.
Ya la risueña fuente
Las ve en afan prolixo
Peynar sus bellas plumas
Al rayo matutino.
Ya en la yerba saltando

Y en alegre bullicio,
El ánimo enagenan
Con mil juegos festivos.
¡Felices avecillas!
¡O! ¡como yo os envidio!
¡O! ¡si tan dulce suerte
Gozara el pecho mio!
Un gusto, unos placeres,
Un venturoso olvido
De lo pasado, libres
De envidias de partidos,
Ni conoceis los zelos,
Ni el pundonor altivo:
Vivir y amar compone
Vuestro feliz destino.
¡Que exemplo! ¡que lecciones
Nos dan! ¿Serán contigo
Inútiles? ¿tu pecho
Será por siempre tibio?
No, Dorila: en buen hora
Siga en su duelo esquivo

La tórtola, y tú imita
Los tiernos paxarillos.

ODA XXIV.

AL VIENTO.

Ven, plácido favonio,
Y agradable recrea
Con soplo regalado
Mi lánguida cabeza.
Ven, o vital aliento
Del año, de la bella
Aurora anuncio, esposo
Del alma primavera.
Ven ya, y entre las flores
Que tu llegada esperan
Ledo susurra y vaga,
Y enamorado juega.
Empápate en su seno

De aromas y de esencias,
Y adula mis sentidos
Solícito con ellas.
O de este sauz pomposo
Bate las hojas frescas
Al ímpetu süave
De tu ala lisonjera.
Luego a mi amable lira
Mas bullicioso llega,
Y mil letrillas toca
Meciéndote en sus cuerdas.
No tardes, no, que crece
Del crudo sol la fuerza
Y el ánimo desmaya,
Si tú el favor le niegas.
Limpia, oficioso, limpia
Con cariñosa diestra
Mi ardiente sien, y en torno
Con raudo giro vuela.
Yo regaré tus plumas
Con el alegre néctar

Que da la vid, cantando
Mi alivio y tu clemencia.
Así el abril te ria
Contino; así las tiernas
Violas quando pases
Te besen halagüeñas.
Así el rocío corra
Qual lluvia por tu huella,
Y en globos cristalinos
Las rosas te lo ofrezcan;
Y así quando en mi lira
Soplares, yo sobre ella
A remedar me anime
Tus silbos y tus quejas.

ODA XXV.

DEL VINO.

Todo a Baco, Dorila,
Todo oficioso sirve.
La tierra generosa
Le sustenta las vides,
El agua se las riega
Con sus linfas sutiles,
Y el céfiro templado
Se las bulle apacible.
Luego el grano el sol cuece,
De do el licor felice
Viene, que el pecho limpia
De mil desvelos tristes.
¿Por que pues, porque bebo
Enojosa me riñes,
Si el mismo Amor sus armas
Riendo de él recibe?

ODA XXVI.

EL AMOR FUGITIVO.

Por morar en mi pecho
El traydor Cupidillo,
Del seno de su madre
Se ha escapado de Gnido.
Sus hermanos le lloran,
Y tres besos divinos
Dar promete Dione
Si le entregan el hijo.
Mil amantes le buscan;
Pero nadie ha podido
Saber, Dorila, en donde
Se esconde el fugitivo.
¿Daréle yo a Citéres?
¿Le dexaré en su asilo?
¿O iré a gozar el premio
De besos ofrecidos?

¡Ay! tú, a quien por su madre
Tendrá el alado niño,
Dame, dame uno solo,
Y tómale, bien mio.

ODA XXVII.

DE LA NOCHE.

¿Do está, graciosa noche,
Tu triste faz, y el miedo
Que a los mortales causa
Tu lóbrego silencio?
¿Do está el horror, el luto
Del delicado velo,
Con que del sol nos cubres
El lánguido reflexo?
¡Quan otra! ¡quan hermosa
Te miro yo, que huyendo
Del popular rüido,

La dulce paz deseo!
¡Tus sombras que süaves!
¡Quan puro es el contento
De las tranquilas horas
De tu dichoso imperio!
Ya mis alegres ojos
Alzo, y el almo cielo
Mi espíritu arrebata
En pos de sus luceros.
Ya en el vecino bosque
Los fixo, y con un tierno
Pavor sus altos chopos
En formas mil contemplo.
Ya me distraygo al silbo,
Con que entre blando juego
Los mas flexíbles ramos
Agita manso el viento.
Su rueda plateada
La luna va subiendo
Por las opuestas cimas
Con plácido sosiego.

Hora una débil nube,
Que le salió al encuentro,
De transparente gasa
Le cubre el rostro bello.
Hora en su solio augusto
Baña de luz el suelo,
Tranquila y apacible
Como lo está mi pecho.
Hora finge en las ondas
Del líquido arroyuelo
Mil luces, que con ellas
Parecen ir corriendo.
Él se apresura en tanto,
Y a regalado sueño
Los ojos solicita
Con un susurro lento.
Las flores de otra parte
Un ámbar lisonjero
Derraman, y al sentido
Dan mil placeres nuevos.
¿Do estás, viola amable,

Que con temor modesto
Solo a la noche fias
Tu embalsamado seno?
¡Ay! como en él se duerme
Con plácido meneo,
Ya de volar cansado,
El céfiro travieso!
¿Pero que voz süave
En amoroso duelo
Las sombras enternece
Con ayes halagüeños?
¡O ruiseñor cuitado!
Tu delicado acento,
Tus trinos melodiosos,
Tu revolar inquieto,
Me dicen los dolores
De tu sensible afecto.
¡Felice tú, que sabes
Tan dulce encarecerlo!
¡O! goze yo contino,
Goze tu voz, y al eco

Me duerma de tus quejas
Sin sustos ni rezelos!

ODA XXVIII.

DEL MEJOR VINO.

Preciados son, Dorila,
Los vinos regalados
Que a la feliz España
Rico dió el padre Baco.
El uno al gusto brinda
En la copa saltando,
Y aquel muy mas lo enciende
Con su punzante amargo.
¿Pues que diré, si osara
Nombrarte solo tantos,
Como dulces se cuecen
En términos extraños?
Todos me agradan; todos

En los pechos humanos
El libre gozo engendran,
Alejan los cuidados.
Pero aquel que tú libas
Y en que mojas tus labios,
Aquel es a los mios
El mas sabroso y sano.

ODA XXIX.

DE LA NIEVE.

Dame, Dorila, el vaso
Lleno de dulce vino,
Que solo en ver la nieve
Temblando estoy de frio.
Ella en sueltos vellones
Por el ayre tranquilo
Desciende, y cubre el suelo
De cándidos armiños.
¡O! ¡como el verla agrada,

De esta choza al abrigo,
Deshecha en copos leves
Baxar con lento giro!
Los árboles del peso
Se inclinan oprimidos,
Y alcorza delicado
Parecen en el brillo.
Los valles y laderas,
De un velo cristalino
Cubiertos, disimulan
Su mustio desabrigo.
Miéntras el arroyuelo
Con nuevas aguas rico,
Saltando bullicioso
Se burla de los grillos.
Sus surcos y trabajos
Ve el rústico perdidos,
Y triste no distingue
Su campo del vecino.
Las aves enmudecen
Medrosas en el nido,

O buscan de los hombres
El mal seguro asilo.
Y el tímido rebaño
Con débiles balidos,
Demanda su sustento
Cerrado en el aprisco.
Pero la nieve crece,
Y en denso torbellino
La agita con sus soplos
El aquilon maligno.
Dexémosla que cayga,
Dorila, y bien bebidos
Burlemos sus rigores
Con tiernos regocijos.
Bebamos y cantemos,
Que ya el abril florido
Vendrá en las blandas alas
Del céfiro benigno.

ODA XXX.

LOS HOYITOS.

¿Sabes, di, quien te hiciera,
Idolatrada mia,
Los graciosos hoyuelos
De tus frescas mexillas?
Esos hoyos que loco
Me vuelven, que convidan
Al deseo y al labio,
Qual copa de delicias.
Amor, amor los hizo,
Quando al verte mas linda
Que las Gracias, por ellas
Besarte quiso un dia.
Mas tú que fueras siempre,
Aun de inocente niña,
Del rapaz a los juegos
Insensible y esquiva,

La cabeza tornabas
Y sus besos huias;
Y él doblando con esto
Mas y mas la porfía,
Apretó con las manos
En su inquietud festiva
La tez llena, süave;
Y así quedara hundida.
De entónces como a centro
De la amable sonrisa,
En ellos mil vivaces
Cupidillos se anidan.
¡Ah! ¡si yo en uno de ellos
Transformado!.... su fina
Púrpura no, no ajara
Con mis sueltas alitas.
Pero tú, aleve, ries,
Y con la risa misma
Mas donosos los haces,
Y mi sed mas irritas.

ODA XXXI.

DE MI GUSTO.

Retórico molesto,
Dexa de persuadirme
Que ocupe bien el tiempo,
Y a mi Dorila olvide.
Ni tú tampoco quieras
Con réplicas sutiles
Del néctar de Lieo
Hacer que me desvíe.
Ni tú que al feroz Marte
Muy mas errado sigues,
Me angusties con pintarme
Sus muertes y sus lides.
Empero habladme todos
De bayles y de bríndis,
De juegos y de amores,
De olores y convites:

Que tras la edad florida
Viene la vejez triste,
Y ántes que llegue quiero
Holgarme y divertirme.

ODA XXXII.

DE MIS VERSOS.

Dicen que alegre canto
Tan amorosos versos,
Qual nuestros viejos tristes
Nunca cantar supiéron.
Pero yo que sin sustos,
Pretensiones, ni pleytos,
Vivo siempre entre danzas
Retozando y bebiendo,
¿Puedo acaso afligirme?
¿Pueden mis dulces metros
No sacar los ardores

LA INCONSTANCIA.

ODAS A LISI.

Guarda corderos, zagala,
Zagala, no guardes fe.
Gong. Rom. 30.

ODA I.

EL CÉFIRO.

¡Qual vaga en la floresta
El céfiro süave!
¡Qual con lascivo vuelo
Sus frescas alas bate!
Sus alas delicadas,
Que forman al mirarse
Del sol en los reflexos
Mil visos y cambiantes.
¡Quan licencioso corre
De flor en flor, y afable
Con soplo delicioso
Las mece y se complace!
Ahora a un lirio llega,
Ahora el jazmin lame,
La madreselva agita,
Y a los tomillos parte,

Do entre mil Amorcitos
Vuela y revuela fácil,
Y los besa y escapa
Con alegre donayre.
La tierna yerbezuela
Se estremece delante
De sus soplos sutiles,
Y en ondas mil se abate.
Él las mira y se rie,
Y el susurro que hacen
Le embelesa, y atento
Se suspende a gozarle.
Luego rápido vuelve,
Y alegre por los valles
No hay planta que no toque,
Ni tallo que no halague.
Verásle ya en la cima
Del olmo entre las aves
Seguir con dulce silbo
Sus trinos y cantares;
Y en un punto en el suelo.

Acá y allá tornarse
Con giro bullicioso,
Festivo y anhelante.
Verásle entre las rosas
Metido salpicarse
Las plumas del rocío,
Que inquieto les esparce.
Verásle de sus hojas
Lascivo abrir el cáliz,
Y empaparse las alas
De su aroma fragrante.
Batiendo del arroyo
Con ellas los cristales,
Verásle formar ledo
Mil ondas y celages.
Parece, quando vuela
Sobre ellos, que cobarde,
Las puntas ya mojadas,
No acierta a retirarse.
¿Pues que si al prado siente
Que las zagalas salen?

Verás a las mas bellas
Mil vueltas y mil darle.
Hora entre sus cabellos
Se enreda y se retrae,
El seno les refresca,
Y ondéales el talle.
Sube alegre a los ojos,
Y en sus rayos brillantes
Se mira y da mil vueltas,
Sin que la luz le abrase.
Por sus labios se mete,
Y al punto raudo sale;
Baxa al pie y se lo besa,
Y anda a un tiempo en mil partes.
Así el céfiro alegre,
Sin nada cautivarle,
De todo lo mas bello
Felice gozar sabe.
Sus alas vagarosas
Con giros agradables
No hay flor que no sacudan,

Ni rosa que no abrazen.
¡Ay Lisi! exemplo toma
Del céfiro inconstante:
No con Aminta solo
Tu fino amor malgastes.

ODA II.

EL ARROYUELO.

¡Con quan plácidas ondas
Te deslizas tranquilo,
O gracioso arroyuelo,
Por el valle florido!
¡Como tus claras linfas,
Libres ya de los grillos
Que les puso el enero,
Me adulan el oido!
¡Qual serpean y rien,
Y en su alegre bullicio

La fresca yerbezuela
Salpican de rocío!
Sus hojas delicadas
En tapete mullido
Ya se enlazan, y adornan
Tu agradable recinto;
Ya meciéndose ceden
Al impulso benigno
De tus pasos süaves,
Y remedan su giro;
O te besan movidas
Del favonio lascivo,
Miéntras tú las abrazas
Con graciosos anillos.
De otra parte en un ramo
Tu armonioso rüido
Acompaña un xilguero
Con su canoro pico.
¡Arroyuelo felice!
¿Como a Lisi no has dicho,
Que a ser mudable aprenda

De tus vagos caminos?
Tú con fáciles ondas
Bullicioso y activo
Tiendes por todo el valle
Tu dichoso dominio.
Ya entre juncos te escondes,
Ya con paso torcido,
Si una peña te estorba,
Salvas cauto el peligro.
Ya manso te adormeces,
Y los sauces vecinos
Retratas en las ondas
Con primor exquisito.
Tus arenas son oro,
Que bullendo contino
A la vista reflexan
Mil labores y visos.
En tu mansa corriente
Giran mil pececillos,
Que van, tornan y saltan
Con anhelo festivo.

Nace el sol, y se mira
En tu espejo sencillo,
Que le vuelve sus rayos
Muy mas varios y vivos.
Tus espumas son perlas,
Que las rosas y lirios
De su márgen escarchan
En copiosos racimos.
Del Amor conducidas
Las zagalas, contigo
Consultan de sus gracias
El poder y atractivo.
Tú el cabello les rizas,
Tú en su seno divino
La flor pones, y adiestras
De sus ojos el brillo.
En tus plácidas ondas
Halla la sed alivio,
Distraccion el que pena,
Y el feliz regocijo.
Yo las sigo, y parece

Que riéndose miro
La verdad y el contento
En su humor cristalino;
Que escapando a mis ojos
Y con plácido hechizo,
Al compas de sus ondas
Me adormece el sentido.
¡O dichoso arroyuelo!
Si de humilde principio
Por tu inconstante curso
Llegares a ser rio,
Si otro bosque, otras vegas
De raudales mas rico
Con benéfica urna
Regares fugitivo;
¡Ay! dí a mi Lisi al paso,
Que en su firme capricho
No insta, y dale exemplo
De mudanza y olvido.

ODA III.

LA MARIPOSA.

¿De donde alegre vienes
Tan suelta y tan festiva
De rosa en rosa dando,
Veloz mariposilla?
¿Por que en sus hojas frescas
No paras, y tranquila
De su púrpura gozas,
Sus aromas espiras?
Mírote yo, ¡mi pecho
Sabe con quánta envidia!
De flor en flor vagando
Mas presta que la vista.
Mírote que en mil vuelos
Las rondas y acaricias:
Llegas, las tocas, pasas,

Huyes, vuelves, las libas.
De tus alas entónces
La delicada y rica
Librea se despliega,
Y al sol opuesta brilla.
Tus plumas se dilatan,
Tu cuello ufano se hincha,
Tus cuernos y penacho
Se tienden y se rizan.
¡Que visos y colores!
¡Que púrpura tan fina!
¡Que nácar, azul y oro
Te adornan y matizan!
El sol, cuyos cambiantes
Te esmaltan y te animan,
Contigo se complace,
Y alegre en tí se mira.
Los céfiros te halagan,
Las rosas a porfía
Sus tiernas copas abren,
Y amantes te convidan.

Tú empero bulliciosa
Tan libre como esquiva
Sus ámbares desdeñas,
Su seno desestimas.
Con todas te complaces,
Y suelta y atrevida
Feliz de todas gozas,
Ninguna te cautiva.
Ya un lirio hermoso besas,
Ya inquieta solicitas
La rosa, y de ella sales
Tras un jazmin perdida.
El fresco alelí meces,
A la azucena quitas
El oro puro, y corres
Tras una clavellina.
Vas luego al arroyuelo,
Y en sus plácidas linfas
Posada sobre un ramo
Te complaces y admiras.
Mas el viento te burla

Y el ramillo retira,
O salpica tus alas,
Si hácia el agua lo inclina:
Así huyendo medrosa
Te tiendes divertida
Lo largo de los valles,
Que abril de flores pinta.
Ahora el vuelo abates,
Ahora en torno giras,
Ahora entre las hojas
Te pierdes fugitiva.
¡Felice mariposa!
Tú bebes de la risa
Del alba, y cada instante
Placeres mil varías.
Tú adornas el verano,
Tú traes a la florida
Vega con tu inconstancia
El gozo y las delicias.
Mas ¡ay! mayores fueran
Mil veces aun mis dichas,

Si fuese a tí en mudarse
Mi Lísis parecida.

ODA IV.

LA NATURALEZA.

No, Lisi; esa constancia,
Con que al Amor pretendes
Mover a que la copa
Te brinde del deleyte,
A enojos y fastidios
Te lleva. Los desdenes
Muy mas que a mí me afligen,
Tu crudo pecho ofenden.
Las risas, la alegría,
El gusto y los placeres,
Las fáciles los gozan,
Y envidian las crueles.
Amor como Dios niño

Es vivo, inquieto, alegre,
Y atrevido y artero
Los peligros no teme.
De pecho en pecho vuela,
Y hora rinde un rebelde,
Hora un soberbio oprime,
Y hora un tibio enardece.
Así se goza y burla,
Y a un tiempo a todos prende:
De la inconstancia nace,
Y en la firmeza muere.
Ni el órden de las cosas
Inmovil es, que siempre
Con sucesion süave
El cielo nos las vuelve.
Tras la rosada aurora
Ya corre el sol ardiente,
Y en pos su rico manto
La grata noche tiende.
Sigue al nubloso invierno
Plácido abril, y cede

Julio al opimo octubre,
Corona de los meses.
Su aljófar cristalino
No solo el albá llueve
Sobre la rosa, o sola
Con el verano crece.
El valle, que cubierto
Se vió de escarcha y nieve,
Loco ya con sus flores
Nos descubre la frente.
Los chopos, que desnudos
Se quejan del diciembre,
Y mustios y ateridos
Los ojos nos ofenden,
Bien presto coronados
De pompa y hoja verde,
Nido a las dulces aves
En grata sombra ofrecen.
Su aroma la azucena
A todos da; la fuente
Liberal para todos

Sus claras linfas vierte.
Ni la próvida abeja
De una flor diligente
Liba su miel; que a todas
Los cálices les bebe.
¿Pues que los paxarillos
Quando el Amor los hiere?
De amada y lecho mudan
En sucesion perene.
Del gusto solo unidos,
Tan solo por sus leyes
Se buscan, o se olvidan
Sin zelos ni esquiveces.
¡Que libres! ¡que expresivos,
Cantando blandamente
Sus fáciles delicias,
Mi espíritu conmueven!
Ya se acarician tiernos,
Ya en union inocente
De mil venturas logran,
Que su ardor les previene,

Y en un momento mismo
¡O dichosos mil veces!
Aman, gozan, se dexan,
Y nuevo amor emprenden.
¡Ay Lisi! ¡esquiva Lisi!
Si ves su feliz suerte,
¿Por que, cruel, por firme
Mayor ventura pierdes?

LA PALOMA
DE FÍLIS.

......plaudentibus alis
Insequitur, tangi patiens, cavoque foveri
Laeta sinu, et blandas iterans gemebunda querellas.

Filis tiene una palomita, y con ella se goza y recrea. Ve aquí el motivo de estos juguetes, en que me he dilatado mas que pensé. Pero la inocencia de Fílis y las gracias de su palomita no pueden pintarse brevemente. Acaso esta será para algunos demasiado festiva y retozona. Yo que la he visto, les aseguro que ni aun se dicen la mitad de sus cariños y donayres. Muchos de ellos se escapan al pincel de la poesía, y a otros no puede darse la viveza, ni el delicado colorido del natural. Quien no lo creyere, ni conoce a Fílis, ni sabe lo que son las palomas, ni lo que puede en estas avecillas el amor y el agradecimiento.

ODA I.

Otros cantan de Marte
Las lides y zozobras,
O del alegre Baco
Los festines y copas;
La sien otros ceñida
De jazmines y rosa,
Del Amór los ardores
Y de Vénus las glorias.
Pero yo sólo canto
Con cítara sonora
De mi querida Fílis
La nevada paloma.
Su paloma, que bebe
Mil gracias de su boca,
Y en el hómbro le arrulla,
Y en su falda reposa.

ODA II.

Donosa palomita,
Así tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso;
Que me digas, pues moras
De Fílis en el seno,
¿Si entre su nieve sientes
De Amor el dulce fuego?
¿Dime, dime, si gusta
Del néctar de Lieo?
¿O si sus labios tocan
La copa con rezelo?
Tú a sus blandos convites
Asistes y a sus juegos,
En su seno te duermes
Y respiras su aliento.
¿Se querella? ¿suspira

Turbada? ¿en el silencio
Del valle con freqüencia
Los ojos vuelve al cielo?
Quando con blandas alas
Te enlazas a su cuello,
Ave feliz, di, ¿sientes
Su corazon inquieto?
¡Ay! dímelo, paloma;
Así tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso.

ODA III.

Fílis, ingrata Fílis,
Tu paloma te enseña;
Exemplo en ella toma
De amor y de inocencia.
Mira como a tu gusto
Responde, como dexa
Alegre, si la llamas,
Por tí sus compañeras.
¿Tu seno y tus halagos
Olvida, aunque severa
La arrojes de la falda
Negándote a sus quejas?
No, Fili, que aun entónces,
Si intento detenerla,
Mi mano fiel esquiva
Y a tí amorosa vuela.
¡Con quanto suave arrullo

Te ablanda! ¡como emplea
Solícita sus ruegos,
Y en giros mil te cerca!
¡Ah, crédula avecilla!
En vano, en vano anhelas,
Que son para tu dueño
Agravio las finezas.
¿Pues que, quando en la mano
El trigo le presentas,
Y al punto de picarlo
Burlándote la cierras?
¡Quan poco del engaño
Incauta se rezela,
Y pica aunque vacía,
La mano que le muestras!
¡Que fácil se entretiene!
Un beso la consuela,
Siempre festiva arrulla,
Siempre amorosa juega.
Su exemplo, Fílis, toma;
Pero conmigo empieza,

Y repitamos juntos
Lo que a su lado aprendas.

ODA IV.

Teniendo su paloma
Mi Fili sobre el halda,
Miré a ver si sus pechos
En el candor la igualan.
Y como ella es trigueña
Y el avecilla blanca,
De su pluma la nieve
A su seno aventaja.
Empero yo con todo
Quantas palomas vagan
Por los delgados vientos,
Por su seno ¡ay! dexara.

ODA V.

Simplecilla paloma,
Si la dicha inefable
De que tú feliz gozas,
Con Fili yo gozase;
No, no tan bullicioso
Vagara por los ayres,
O necio dexaria
Su lado un solo instante.
¡Tú, incauta, otras palomas
Escuchas, y el amable
Seno do moras huyes!
¡O simplecilla! ¿que haces?
¿Es mas un falso arrullo
Que Filis? ¿alejarte
No temes? ¿sus caricias
Olvidas ya mudable?
¡O! vuelve al punto, vuelve,

Que en llanto se deshace
Tu dueño; vuela, vuela,
Y el ala aprisa bate.
Verás como sus ojos
Se enxugan con mirarte,
Te halaga, y dan mil besos
Sus labios celestiales.

ODA VI.

Con su paloma estaba
Fili en alegre juego,
Y para que picase
Le presentaba el dedo.
Picábalo, y en pago
Le daba un dulce beso,
Y tras él mas gozosa
La incitaba de nuevo.
Una vez la avecilla,

Creyendo ser lo mesmo,
Con picada inocente
Hirióle el labio bello.
Enojóse mi Fílis
De tal atrevimiento,
Y echóla de su falda
Con ademan severo.
La palomita entónces
En mil ansias y extremos,
Humilde demandaba
El perdon de su yerro.
Con ala temerosa
Las manos de su dueño
Abraza, y luego vuela
De las manos al cuello.
Esquivábala Fili;
Mas ella entre su seno
Solícita queria
Escaparse del riesgo.
¡O cuitadilla! ¿que haces?
¡Ay! guarte de ese fuego,

Que entre copos de nieve
Tiene el Amor cubierto.
¡Ay! guarte, y con arrullos
Y ademanes traviesos
Procura divertirla,
Y desarmar su ceño.
¡Ah Fili! si al mirarte
Enojada un momento
Tal queda tu paloma,
¿Qual estará mi pecho?
Y si ella perdon halla,
¿Mis encendidos ruegos
No han de lograr un dia
Tu rostro ver sereno?

ODA VII.

Suelta mi palomita,
Mas no me la detengas;
Suéltamela, tirano,
Verás qual a mí vuela.
Dos noches ha que falta,
Dos noches ha que queda
Desamparado y solo
Mi palomar sin ella.
En tanto ni mis ojos
En lloro amargo cesan,
Ni el pecho en ansias tristes,
Ni el labio en mil querellas.
Cien veces la he llamado
Pensando que viniera,
Y he salido a buscarla
Veces mil a la selva.
¿Mas como venir puede,

Traydor, si tus cantelas
Allá para acabarme
La guardan prisionera?
Pues ¡ah! suéltala al punto,
Y a compasion te muevan
Mis lágrimas, mis ruegos,
Mis lastimadas penas.
Verás qual revolando
Se posa en mi cabeza,
Y luego al hombro baxa,
Me arrulla y me consuela.

ODA VIII.

Pues que de mi paloma
Las señas solicitas,
Bien puedes conocerla
Por estas que te diga.
Es mansa y amorosa,
Es pequeñuela y viva,
Manchado todo el pecho,
Y qual la nieve misma.
Las alas dilatadas,
La cola bien tendida,
Y al cuello mil cambiantes
De oro y nácar matizan.
Los bellos pies de rosa
En su inquietud indican
Y en las donosas vueltas,
Que ya el Amor la agita.
Los ojos son de fuego,

De llama son las niñas,
Que halagan amorosas,
Que bullen encendidas.
Parece quando arrulla,
Que dice mil caricias,
Y luego quando vuela,
Que ruega que la sigan.
El pico gruesezuelo,
Y en la nariz unidas
La púrpura y la nieve
Con mezcla la mas fina.
¿Que mas.?.... Pero ¡ay! al punto
Suéltamela, y festiva
Verás qual en mi mano
El dulce grano pica.

ODA IX.

No estés, simple paloma,
Con tu blancura ufana,
Ni con tus ojos bellos,
Si a Fili te comparas.
Con esa tez süave,
Qual rosa no tocada,
Del seno donde arrullas
¿Tu albor acaso iguala?
Lo muelle de tu pluma
¿Que sirve con su grata
Blandura, o tus olores
A par de su fragrancia?
Sus ojos ¡ay!.... tal lumbre
Quando en oriente raya
No arroja el sol, qual si ellos
Sus párpados levantan.
Las bulliciosas niñas
En su amable inconstancia

A mí me vuelven loco,
Y al mismo Amor abrasan.
¿Y que? ¿tienen los tuyos
Tal lumbre, ni tal gracia?
¿Mayores son, mas vivos?
¿Mas luengas sus pestañas?
¡O! de competir dexa
Con Fili, temeraria,
No acaso sus halagos
Acaben en venganzas.

ODA X.

Despues que hubo gustado
De Filis la paloma
El regalado néctar
De sus labios de rosa,
La dexa y de un vuelito
Al hombro se me posa,

Y de allí lo destila
Con su pico en mi boca.
Yo apuréla inocente;
Pero ¡ay! ella traydora
Me dió del Amor ciego
Mezclada tal ponzoña,
Que el pecho se me abrasa
En ansias y zozobras,
Despues que hubo gustado
De Fílis la paloma.

ODA XI.

Graciosa palomita,
Ya licenciosa puedes
Empezar con tus juegos,
Y picar libremente.
Ya te provoca Fili,
Ya en los brazos te mece,

ODA XII.

Al bayle de la aldea
Salió Fîlis un dia,
Dexándose en la choza
Su bella palomita.
Ella entónces ¡o extraña
Ternura! ¡o peregrina
Fineza! echando ménos
Sus juegos y caricias,
Con amoroso arrullo
La llamaba afligida;
Y de ver que no viene,
Mas y mas se lastima.
Ya turbada escuchaba,
Ya de nuevo gemia,
Ya en sus blandas querellas
Se quedaba embebida.
Para el valle volaba

Con inquieta fatiga,
Y desde allí a la choza
Sin consuelo volvia.
Dió por fin con su dueño,
Y de todos con risa
Bate el ala, y al hombro
Se le posa festiva:
Do con voces süaves
Celebraba su dicha,
Hasta que de cansada
Se quedó adormecida.

ODA XIII.

Pensando en tu paloma
Me dió el Amor un sueño.
Dormíme ; atiende, Fili,
Lo que fingió el deseo.
En su pichon trocado,
Por mis ardientes ruegos
En ella no sé como
Tambien te mudó el cielo.
Yo al verte así, perdido
Con mil donosos juegos
Y sentidos arrullos,
Te rodeaba inquieto.
Ya la cola tendia,
Ya còn un blando vuelo
Me alejaba, y con otro
Luego torné mas tierno.
Tú me esquivabas cruda;

Pero de amor el fuego
Te hirió al fin, y sentiste
El dulce afan que siento.
Oficiosos entónces
Para los albos huevos
Fabricamos un nido
Del mas mullido heno.
Los cobijaste blanda;
Saliéron los polluelos,
Y al mirarnos, mi Fili,
Renacidos en ellos,
El alma se llagara
De otro mas dulce afecto;
Y en celestial ternura
Transportados, sin seso,
De nuestros tiernos hijos
Con solícito anhelo
Ni un instante apartamos
Nuestros unidos pechos.
A la par los cubrimos,
A la par el sustento

Les diéramos lanzado
De nuestro mismo seno.
Por sus débiles vidas
Leve un soplo de viento
Nos turbara, furiosos
Volando a defenderlos.
Hasta que al fin del nido
Mayorcillos huyéron,
Y nosotros tornamos
A labrar nido nuevo.

ODA XIV.

Inquieta palomita,
Que vuelas y revuelas
Desde el hombro de Fílis
A su halda de azucenas,
Si yo la inmensa dicha
Que tú gozas tuviera,

No de lugar mudara,
Ni fuera tan inquieta;
Mas desde el halda al seno
Solo un vuelito diera,
Y allí hallara descanso
Y allí mi nido hiciera.

ODA XV.

¿Sabes, o palomita,
Sabes, di, lo que envidio?
Ea pues, si lo aciertas,
Tienes un beso mio.
¿Las ciencias? ¡o inocente!
Las ciencias son delirios
De necios orgullosos,
Mal hallados consigo.
Prometen grandes cosas,
Y al cabo en tantos siglos

A ningun triste dieran
En su dolor alivio.
¿Y puestos? no los quiero,
Que son un precipicio,
Y aunque en cadena de oro
Siempre estaré cautivo.
El nombre no me importa:
Por cierto que un sonido,
Que a veces no se alcanza
Despues de mil peligros,
Merece estos afanes.
Inocente y tranquilo
Viva yo, y mas que ignoren
Mi nombre mis vecinos.
Dirás que las riquezas....
¿Que me importa su brillo,
Si gozo yo sin ellas
De cantares y vino?
El oro a quién lo tiene
Da sustos infinitos:
¿No valen mas sin ellos

Pobreza y regocijo?
¿Pues que será? De Fili
Disfrutar los cariños,
Y como tú quedarme
En su falda dormido.

ODA XVI.

¡O con que gracia, Fílis,
Tu bella palomita,
Sensible a los halagos,
Te arrulla y acaricia!
¡Que dócil si la llamas!
¡Que suelta! ¡que festiva,
Volando y revolando,
Tu beso solicita!
Tú cantas, y a los trinos
Está como embebida:
Si cesas, con su arrullo

Parece que te imita.
Luego a la falda vuela,
Do te contempla y mira,
Bullendo de contento
Sus amorosas niñas.
¿Pues si tus bellos labios
Con el manjar la brindan?
Entónces ¡ay! entónces
Sí que el placer la anima.
Ya llega, ya se aparta,
Ya vuelve, ya lo pica,
Con sus trémulas alas
Mostrando su alegría.
Parece en aquel punto
Decir: ¡o que delicia
No acostumbrada goza,
Señora, el alma mia!
¿Que es esto? ¿tocar puede
Tu boca peregrina
Mi pico? ¡O bien lograda
Cadena! ¡o dulce vida!

Su arrullo, su plumage,
Sus vueltas, todo indica
De su inocente pecho
La gratitud sencilla.
¡Ah! si así una paloma
Te es, Fili, agradecida,
Mi corazon amante
Dime, mi bien, ¿que haria?

ODA XVII.

No, no por inocente
Te me disculpes, Fili,
Que en los sencillos pechos
Mas bien amor se imprime.
Él con los años viene:
Tal algun tiempo viste
Huir del pichon bello
Tu palomita simple.

Pues mira ya qual oye
Sus ansias apacible,
Y en el ardiente arrullo
Como con él compite.
Ya le llama si tarda,
Ya si vuela le sigue,
Ni sus tiernos halagos
Desdeñósa resiste.
Mira como se besan,
Qual se dan y reciben
Mil alegres picadas
En cariñosas lides.
El placer sus plumages
Encrespa, el suelo miden
Con la cola, su cuello
Mil cambiantes despide.
Ya con rápido vuelo
Burlando se dividen,
Ya a buscarse tornáron,
Ya partiéron á unirse.
Gozad ¡ay! venturosos

En lazada felice
Las dichas, que prepara
Amor a quien le sirve.
Y tú, pues las palomas
Con su candor se rinden,
No, no por inocente
Te me disculpes, Fili.

ODA XVIII.

Si yo trocar pudiera
Con mágicos hechizos
Mi ser, o transformarme
Segun el gusto mio,
Yo me mudara, o Fílis,
En tu paloma, y nido
Hiciera donde mora
Cautivo el albedrío.
El candor inocente

De mi pecho sencillo
En el tuyo ablandara
Los desdenes altivos.
Entónces ¡o ventura
Inefable! ¡o destino
De tu paloma! ¡o suerte
Que mil veces envidio!
Yo me viera en tu falda,
Y al punto de un vuelito
A posar en tu seno
Me subiera atrevido.
En él ¡ay! me durmiera,
Las alas por cubrirlo
Tendiendo, qual si fuesen
Mis tiernos pichoncillos.
De allí las dos mexillas,
Que Amor de rosas hizo,
Con el pico mil veces
Las hiriera atrevido.
Luego en el hombro puesto
Con ardientes suspiros

El perdon, o la muerte
Te pidiera rendido;
Y al punto a los ojuelos
Volando, con mil giros
Alegres divirtiera
Mi ciego desvarío.
De tu purpúrea boca
Tomara con el pico
La ambrosía mas pura,
De tus manos el trigo.
Tal vez tú me halagaras,
O al seno en mis deliquios
Me aplicaras, y oyeras
Mi arrullo y mis quejidos.
¡O dicha imponderable!
¡O paloma! ¡o cariño
Mal gastado! ¡quien fuera
Lo que necio imaginò!

LETRILLAS.

LETRILLA I.

EL AMANTE TÍMIDO.

Si quiero atreverme,
No sé que decir.
En la pena aguda,
Que me hace sufrir
El niño vendado
Desde que te ví,
Mil veces, zagala,
Te voy a pedir
Remedio; mas luego
Que llego ante ti,
Si quiero atreverme,
No sé que decir.
Las voces me faltan,
Y mi frenesí
Con débiles ayes
Las piensa suplir;

Pero aleve el númen
Se burlà de mí,
Pues quando mas ciego
Voy el labio a abrir,
Si quiero atreverme,
No sé que decir.
Entónces sus fuegos
Empieza a sentir
Tan vivos el alma,
Que pienso morir.
Procuro dar voces,
Llorar y gemir;
Empero si anhelo
Mi afan descubrir,
Si quiero atreverme,
No sé que decir.
¡Ah! ¡si tú, zagala,
Pudieras oir
Mis tristes suspiros!
Yo fuera feliz.
Yo, Filis, lo fuera;

Mas necio de mí,
Que empiezo a quejarme
Mil veces, y al fin
Si quiero atreverme,
No sé que decir.

LETRILLA II.

A UNOS OJOS.

Tus ojuelos, niña,
Me matan de amor.
Hora vagos giren,
O fíxense atentos,
O miren exêntos,
O amorosos miren,
O injustos se airen
Contra mi dolor;
Tus ojuelos, niña,
Me matan de amor.

Si se alzan al cielo
Llenos de temores,
O alegran las flores
Tornados al suelo,
O abaten el vuelo
De mi ciego error;
Siempre, niña hermosa,
Me matan de amor.
Tórnalos te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado
De mirar su fuego.
¡Ay! tórnalos luego,
No con mas rigor
Tus lindos ojuelos
Me maten de amor.

LETRILLA III.

LA LIBERTAD A LICE.

TRADUCCION DEL METASTASIO.

Merced a tus trayciones
Al fin respiro, Lice,
Al fin de un infelice
El cielo hubo piedad.
Ya rotas las prisiones
Libre está el alma mia;
No sueño, no este dia
Mi dulce libertad.
Cesó la antigua llama,
Y tranquilo y exênto
Ni aun un despique siento,
Do se disfraze amor.
No el rostro se me inflama
Si oygo tal vez nombrarte;

El pecho no al mirarte
Palpita de temor.
Duermo en paz y no creo
Tu imágen ver presente,
Ni al despertar la mente
Se empieza en ti a gozar.
Léjos de ti me veo
Sin que de ti haga cuenta;
Cerca estoy, sin que sienta
Ni gusto, ni pesar.
Si hablo en tus perfecciones,
No enternecerme siento;
Si mis delirios cuento,
Ni aun indignarme sé.
Delante te me pones,
Y ya no estoy turbado;
Hablar con mi engañado
Rival de ti podré.
Mírame en rostro fiero,
Háblame en faz humana:
Tu altanería es vana,

Y es vano tu favor;
Que en mí el mandar primero
Perdió tu hablar divino:
Tus ojos no el camino
Saben del corazon.
Lo que me place o enfada,
Si estoy alegre o triste,
No en ser tu don consiste,
Ni culpa tuya es:
Que ya sin ti me agrada
El prado y selva hojosa;
Toda estancia enojosa
Me cansa, aunque allí estés.
Mira si soy sincero;
Aun me pareces bella,
Pero no, Lice, aquella
Que parangon no ha.
Y (no por verdadero
Te ofenda) algun defecto
Noto en tu lindo aspecto,
Que tuve por beldá.

Al romper las cadenas,
(Dígolo sonroxado)
Mi corazon llagado
Romper se vió y morir;
Mas por salir de penas
Y de opresion librarse,
En fin por rescatarse
¡Que no es dado sufrir!
El colorin trabado
Tal vez en blanda liga,
La pluma en su fatiga
Dexa por escapar;
Mas presto matizado
Se ve de pluma nueva,
Ni cauto con tal prueba
Le tornan a engañar.
Sé que aun no crees extinto
Aquel mi ardor primero,
Porque callar no quiero,
Y dél hablando estó.
Solo el natal instinto

Me aguija a hacerlo, Lice,
Con que qualquiera dice
Los riesgos que sufrió.
Pasadas iras cuento
Tras tanto ensayo fiero:
De la herida el guerrero
Muestra así la señal.
Así muestra contento
Cautivo, que de penas
Escapó, las cadenas
Que arrastró por su mal.
Hablo, mas solo hablando
Satisfacerme curo:
Hablo, mas no procuro
Que crédito me des.
Hablo, mas no demando
Si apruebas mis razones,
Si a hablar de mí te pones
Que tan tranquila estés.
Yo pierdo una inconstante,
Tú un corazon sincero:

Yo no sé qual primero
Se deba consolar.

Sé que un tan fiel amante
No le has de hallar, traydora;
Mas otra engañadora
Bien fácil es de hallar.

LETRILLA IV.

LA FLOR DEL ZURGUEN. *

Parad, ayrecillos,
No inquietos voleis,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.
Parad, y de rosas

* *Asi llamaba el Autor a una niña muy bella, del nombre de un valle cercano a Salamanca.*

Texedme un dosel,
Do del sol se guarde
La flor del Zurguen.
Parad, ayrecillos,
Parad, y veréis
A aquella que ciego
De amor os caeréis
A aquella que aflige
Mi pecho cruel,
La gloria del Tórmes,
La flor del Zurguen.
Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mexillas,
Sus trenzas la red,
Do diestro Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
La flor del Zurguen.
Volad a los valles,
Veloces volad

Llegad y piadosos:
De un triste os doled;
Así os dé su seno
La flor del Zurgen.

LETRILLA V.

FÍLIS CANTANDO.

Venid, paxaritos,
Venid a tomar
De mi zagaleja
Licion de cantar.
Venid, y en sus labios,
Do la suavidad
Entre miel y rosas
Asentada está,
Oiréis mil motetes,
Que podréis echar
Quando alegre el alba

La flor del Zurguen.

La ruego, y mis ansias
Altiva no cree;
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.
¿Decidme, ayrecillos,
Decidme que haré,
Para que me escuche
La flor del Zurguen?
Vosotros felices
Con vuelo cortes
Llegad y besadle
Por mí el albo pie.
Llegad y al oido
Decidle mi fe;
Quizá os oyga afable
La flor del Zurguen.
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa,
Su altivo desden.

Mas ¡ay! que no puedo;
Venidlo a probar,
Por mas que sus trinos
Tengais que envidiar.

Venid, paxaritos,
Venid a tomar
De mi zagaleja
Licion de cantar.

Venid, venid luego,
No dexeis pasar
La ocasion dichosa,
Pues cantando está.
Venid revolando,
Que no ha de cesar
Su voz regalada
Con vuestro llegar.

Venid, paxaritos,
Venid a tomar
De mi zagaleja
Licion de cantar.

LETRILLA VI.

EL DESPECHO.

Sal ¡ay! del pecho mio,
Sal luego, Amor tirano,
Y apaga el fuego insano,
Que abrasa el corazon.
Bastante el albedrío
Lloró sus crudas penas,
Esclavo en las cadenas,
Que hoy rompe la razon.
No mas a una inhumana
Seguir perdido y ciego,
Ni con humilde ruego
Quererla convencer.
Con su beldad ufana
Allá se goze altiva,
Que a mí no me cautiva
Quien me hace padecer.

Dos años la he servido,
Y en ello ¿que he ganado?
Llorar abandonado,
Pesares mil sufrir.
¡O tiempo mal perdido!
¡O agravios! ¡o trayciones!
¿En tantas sinrazones
Como podré vivir?
Pensaba yo que un dia,
Favorecido amante,
Por mi pasion constante
Me coronara Amor;
Y ardiente en mi porfía,
Contento en el desprecio,
Pensaba yo.... ¡que necio
Juzgó mi ciego error!
Mis ansias por agravios
Suenan en sus oidos,
Los míseros gemidos
Irritan su esquivez.
Así mis tristes labios,

No osando ya quejarse,
Ni aun pueden aliviarse
Nombrándola una vez.
La busco y tras su planta
Corriendo voy; mas ella
Me evita y ni su huella
Logra mi fe adorar:
Que con fiereza tanta
Llegó ya a aborrecerme,
Que el rostro por no verme
Ni aun quiere a mí tornar.
¡Ingrata! ¡fementida!
Prosigue en tus rigores,
O añade otros mayores
Con bárbaro placer.
Sigue, que ya extinguida
La hoguera en que penaba,
Do el alma se abrasaba,
Quiero en venganza ver.
Mas no, mi dulce dueño;
Cese el desden impío,

Cese, y del amor mio
Déxate ya servir.
  Y quien tu antiguo ceño
Lloró, zagala hermosa,
Merezca que amorosa
Le empiezes a seguir.

LETRILLA VII.

LA RESOLUCION.

¡Ay! ¿seré yo
Bronce a su llanto,
Nieve a su ardor?
  Por selva y prado
Mi dulce amor
Me sigue hablando
De su dolor:
Suspira y llora,
¡Ay! ¿seré yo

Bronce a su llanto,
Nieve a su ardor?
En blando alivio
Solo un favor
Me pide humilde:
¿Se lo haré? no.
No, que me manda
Ser el honor
Bronce a su llanto,
Nieve a su ardor.
¡Honor tirano!
Que a la razon
Bárbaro oprimes,
¿Quien te inventó?
¿Por que ¡ah! me ordenas
Ser con Damon
Bronce a su llanto,
Nieve a su ardor?
Yo bien te oyera;
Mas otra voz,
Huye, me clama,

Tal sinrazon;
Ni seas, cruda,
Si él te prendó,
  Bronce a su llanto,
Nieve a su ardor.
  Túrbome y dudo,
Y un dulce error
A amar me arrastra
A quien me amó;
Sin que a ser baste
Ya mi rigor
  Bronce a su llanto,
Nieve a su ardor.
  Ántes perdida
Mi corazon
Le doy, que el suyo
Ya él me entregó.
Y a ser me ofrezco
Sin eleccion
  Nieve a su llanto,
Cera a su ardor.

LETRILLA VIII.

LA FLOR DEL ZURGUEN.

Sueltas avecillas,
Que al amanecer
Mil alegres salvas
Canoras me haceis;
Si dulces trinais
Por ver a mi bien,
Callad que ya sale
La flor del Zurguen.
¿Si qual es pedis?
¿Si señas quereis?
Callad, parlerillas,
Que yo os lo diré:
Que impresa en mi pecho
La tengo muy bien;
Así a mí me tenga
La flor del Zurguen.

Con que yo en sus labios
Cien besos le dé;
Y ella me dé fina
En pago otros cien
Así tierna os ame
La flor del Zurguen.

LETRILLA IX.

LA DESPEDIDA.

A Dios, mi dulce vida,
Fílis, a Dios, que el hado
Mi fin ha decretado,
Y es fuerza ya partir.
A Dios.... ¡o despedida!
¡O crudo amargo instante!
A Dios.... ¿mi pecho amante
Podrá sin ti vivir?
Sin esos lindos ojos,

Sin esa amable boca,
Que al mismo Amor provoca,
¿Que dicha podré hallar?
Solo angustias y enojos,
Dudas, llantos y zelos.
¡Ay Fili! ¡que consuelos
Para mi ardor templar!
Acordaréme en vano
De aquel felice dia
Que te juraste mia,
Que te ofrecí mi fe;
Y en mi delirio insano
A ti tornando fino,
Mil veces el camino
Perderá incierto el pie.
De tu habla deliciosa
El celestial sonido
Conservará mi oido
Para mayor dolor.
Tu imágen engañosa
Creeré tener al lado:

A asirla iré, y burlado
Maldeciré mi error.
Saldrá la fresca aurora
A recordarme aquella,
Do a solas muy mas bella
Te me dexaste ver.
Vendrá la noche: ahora
Libre, diré, la hablaba;
Ahora el Amor nos daba
La copa del placer.
Qual colorin cautivo
Luchando noche y dia
La jaula abrir porfía,
Y el hierro quebrantar;
Así ¡dolor esquivo!
Dará mi pensamiento
De tormento en tormento,
Sin un punto parar.
Te seguiré zelosa,
Te temeré enojada,
Te rogaré olvidada,

A Baco y no a Amor.

¡O que bien que sabe!
Otro vaso venga,
Cada qual sostenga
Su parte en beber.
Y quien quiera alabe
De Amor el destino;
Yo tengo en el vino
Todo mi placer.

Bebamos, bebamos
Del suave licor;
Cantando beodos
A Baco y no a Amor.

¡O vino precioso!
¡Como estás riendo!
¡Saltando! ¡bullendo!
¿Quien no te amará?
Tu olor delicioso,
Color sonrosado,
Sabor delicado,
¿Que no rendirá?

Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco y no a Amor.
Amor da mil sustos,
Ansias y dolores;
Coja otro sus flores,
Cójalas por mí:
Que yo mis disgustos
Templaré bebiendo,
¡O Baco! y diciendo
Mil glorias de ti.
Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco y no a Amor.
Tú al Indo venciste,
Tú los tigres fieros
Qual mansos corderos
Pudiste ayuntar.
Tú el vino nos diste,

El. vino que sabe
La pena mas grave
En gozo tornar.
  Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco y no a Amor.
  Venga, venga el vaso,
Que un sorbo otro llama;
Mi pecho se inflama
Y muero de sed.
Nadie sea escaso,
Ni aunque esté caido,
Se dé por rendido.
Amigos, bebed.
  Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco y no a Amor.

ROMANCES
PASTORILES.

DEDICATORIA

A UNA SEÑORA.

Oye, señora, benigna
Los inocentes cantares,
Que del Tórmes en la vega
Dicta Amor a sus zagales.
Los cantares que algun dia,
Mezclados de tiernos ayes,
Tal vez las serranas bellas
Oyéron con rostro afable.
En la primavera alegre
De mis años, con süave
Caramillo y blandos tonos
Los canté por estos valles,
Quando el bozo delicado
Aun no empezaba a apuntarme,
Ni el ánimo me afligian
Los sabios con sus verdades.

La dulce naturaleza,
Como cariñosa madre,
Despertó mi helado pecho,
Y el Amor me hizo quejarme.
Entónces ¡quien unos dias
Volviera tan agradables!
Vi la fuerza encantadora
De unos ojos celestiales.
De un rostro afable y sencillo,
Y de un alegre donayre
Yo sufrí la ley, señora,
Y temí el rigor cobarde:
Yo adoré, yo fui cautivo,
Y lloré agudos pesares.
¿Es acaso amar delito?
¡Quien no será de él culpable!
Despues los años severos,
Cargándome de sus graves
Cadenas, con faz ceñuda
Mandáron que atras tornase.
¡Ay! ¡que bárbaras contiendas!

¡O! ¡que encendidos combates!
¿Por que para obedecerlos,
Blando Amor, debí dexarte?
Quedáronme de mis yerros
Estas quejas lamentables,
Que a besarte el pie rendidas
Vuelan hoy al Manzanáres.
Ellas en mejores dias
Templáron mis crudos males,
Y aun ahora en blando alivio
Me manda Amor que las cante.
Oyelas pues, y no temas,
No temas que ellas te engañen,
Que Amor no finge en el campo,
Como finge en las ciudades.

ROMANCE I.

ROSANA EN LOS FUEGOS.

Del sol llevaba la lumbre
Y la alegría del alba
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que a los fuegos
Salió la fiesta de pasqua,
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias.
La primavera florece
Do la breve huella estampa,
Donde amable mira, rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga,
Los Cupidos la rodean,
Y las Gracias la acompañan.

Y ella así como en el valle
Descuella la altiva palma,
Y sus flotantes pimpollos
Hasta las nubes levanta;
O qual vid de fruto llena
Que con el olmo se abraza,
Sus largos vástagos tiende
Al árbitrio de las ramas:
Así entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Hermosa en medio brillando
Qual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla:
De amor mata á los pastores,
Y de envidia á las zagalas.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;
Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
¡Qué de suspiros se escuchan!

¡Que de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire
Y no se esmere en loarla.
Qual absorto la contempla,
Y a la aurora la compara,
Quando mas alegre sale
Y el cielo de su albor baña.
Qual al fresco y verde aliso,
Que crece al márgen del agua,
Quando mas pomposo en hojas
En su cristal se retrata.
Qual a la luna, si muestra
Llena su esfera de plata,
Y asoma por los collados
De luceros coronada.
Otros pasmados la miran,
Y mudamente la alaban,
Y miéntras mas la contemplan,
Muy mas hermosa la hallan:
Que es como el cielo su rostro,
Quando en la noche callada

Brilla con todas sus luces,
Y los ojos embaraza.
¡O! ¡que de envidias se encienden!
¡O! ¡que de zelos que causa
En las serranas del Tórmes
Su perfeccion sobrehumana!
Las mas hermosas la temen,
Mas sin osar murmurarla;
Que como el oro mas puro
No sufre una leve mancha.
Bien haya tu gentileza,
Una y mil veces bien haya,
Y abrase la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana.
Toda, toda eres perfecta,
Toda eres donayre y gracia,
El Amor vive en tus ojos,
Y la gloria está en tu cara.
La libertad me has robado,
Yo la doy por bien robada;
Mas recibe el don benigna,

Que mi humildad te consagra.

Esto un zagal le decia
Con razones mal formadas,
Que salió libre a los fuegos,
Y volvió cautivo a casa.
De entónces perdido y triste
El dia a sus puertas le halla:
Ayer le cantó esta letra
Echándole la alborada.

Linda zagaleja
De cuerpo gentil,
Muérome de amores
Desde que te vi.

Tu talle, tu aseo,
Tu gala y donayre,
No tienen, serrana,
Igual en el valle;
Del cielo son ellos,
Y tú un Serafin.

Muérome de amores
Desde que te vi.

De amores me muero,
Sin que nada baste
A darme la vida,
Que allá me llevaste,
Si ya no te dueles
Sensible de mí,
Que muero de amores
Desde que te vi.

ROMANCE II.

EL AMANTE CRÉDULO.

Para las fiestas de mayo
Prometió la bella Fili
Sus favores a un zagal,
Que importuno la persigue.
Huye a sus ruegos en tanto
Con engañosos melindres,
Y mil palabras le empeña

Para ninguna cumplirle.
Loco el zagal en sus ansias,
Tan crédulo como simple,
Las gracias de la pastora
Como finezas recibe.
Toda la aldea es donayres,
Todos de Pasqual se rien,
Él solo se goza ufano
De las burlas que le dicen.
¡O bien haya su inocencia,
Y mas el despejo libre
De la sutil zagaleja,
Que tan bien un amor finge!
Pasqual cuenta los instantes,
Y la tardanza maldice
De los dias que se duermen
Del abril en los pensiles.
Solo Anton, que en crudos zelos
Arde para divertirse,
A cada paso esta letra
Al loco amante repite.

Vendrá mayo, zagal necio,
Y con sus fiestas vendrá
Tu desengaño y desprecio,
Y la risa del lugàr.

Los dias que confiado
Quieres hora adelantar,
Un tiempo te ha de pesar
Que hayan tan presto llegado.
Déxalos, Pasqual, estar,
Y no te anticipes necio
Tu desengaño, un desprecio,
Y la risa del lugar.

ROMANCE III.

DE UNAS BODAS DESGRACIADAS.

No por mí, bella aldeana,
Aunque sé bien quanto pierdo,
Por ti sola me lastima,
Que te cases con un necio.
Tan discreta cortesía,
Tan gentil ayre y aseo,
Quien los merezca los goze,
Y alcanzen mas digno dueño.
Que si es la desdicha estrella
De la beldad, aunque el cielo
No te hiciera tan hermosa,
Ganaras mucho en no serlo.
¿Que valen los rizos de oro,
Ni los alegres ojuelos,
Ni el carmesí de los labios,

Ni el lleno nevado pecho?
¿Que el agasajo apacible,
Y ese hablar tan halagüeño
Que la libertad cautiva,
Y embebece el pensamiento;
Si tan celestiales dones
Los ha de ajar un Fileno?
Para tan mal emplearlos
Valiera mas no tenerlos;
Que mejor yace el diamante
Perdido en su tosco seno,
Que no en la mano villana
Que no alcanza su alto precio.
Y el clavel mas bien flotando
Luce en el vástago tierno,
Que deshojado y sin vida
En fino búcaro puesto.
Y mas bien el xilguerillo
Canta con dulces gorgeos
Volando de rama en rama,
Que en dorada jaula preso.

Si por ganadero rico
Con él te casan tus deudos,
Diles tú: que no hay riquezas
Donde se echa el gusto ménos.
Ellos se irán, y tú triste
Con el duro lazo al cuello
Llorarás tarde, y en vano
Sentirás del yugo el peso.
¡Ay zagala! por tu vida,
No tengas tan mal empleo;
Lástima ten de ti misma,
Si yo no te la merezco.

ROMANCE IV.

EL ÁRBOL CAIDO.

Álamo hermoso, ¿tu pompa
Donde está? ¿do de tus ramas
La grata sombra? ¿el susurro
De tus hojas plateadas?
Feliz naciste a la orilla
De este arroyuelo; tu planta
Besó humilde, y de su aljófar
Dulce feudo te pagaba.
Creciendo con él al cielo
Se alzó tu corona ufana:
Rey del valle, en ti las aves
Sus blandos nidos labraran.
Por asilo te tomáron
De su amor, y quando el alba
Abre las puertas al dia
Entre arreboles de nácar,

Aclamándola festivas
En mil canciones, llamaban
A partir en ti sus fuegos
Las inocentes zagalas.
Tú fuiste el centro dichoso,
Do de toda la comarca
Los amantes se citáron
A sus celestiales hablas.
Los viste gemir, los viste
Gozar entre ardientes ansias,
Y envolviste sus suspiros
En sombras al pudor gratas.
El segador anhelante
En ti en la siesta abrasada
Llamó al sueño, y en sus brazos
Olvidó su suerte amarga.
Y el viril pecho en tus sombras
Reparado, las doradas
Mieses tornó a herir, teniendo
Su fatiga por liviana.
Despues con tus secas hojas

Al crudo enero....la llama
Del rayo te hirió, y exemplo
Yaces de su ardiente saña.
Qual con segur por el tronco
Roto, la pomposa gala
De tus ramas en voluble
Pirámide al cielo alzadas,
El animado murmullo
De tus hojas, quando el aura
Lisonjera las bullia
Y el sentido enagenaba,
Tu ufanía, el verdor tierno
De tu corteza entallada
De mil símbolos sencillos,
Todo en un punto acabara.
Caiste, y por el ancho valle
Tendido, la hoja agostada,
Los yertos ramos sin vida,
El mirarte solo espanta.
Tu encuentro el ganado evita,
Sobre ti las aves pasan

Azoradas, los pastores
Huyen con medrosa planta.
Solo en su orfandad doliente
La tórtola solitaria
Te busca, y piadoso alivio
La suya en tu suerte halla.
En ti llóra, y en su arrullo
Se queda como elevada,
Y el eco sus ansias vuelve
De la vecina montaña.
Miéntra al pecho palpitante
Parece que una voz clama
De tu tronco: ¿que es la vida,
Si los árboles acaban?

ROMANCE V.

CONVITE A UNA ZAGALA.

Por entre la verde yerba
Baxa un arroyuelo al prado,
Manchando de espuma y nácar
Las flores que encuentra al paso.
Con mil vueltas se desliza:
Hora và apacible y manso,
Y hora hace un blando susurro
En guijas atropellado.
La arena en sus ondas bulle,
La arena que entre sus granos
Esconde un oro mas puro,
Que el del celebrado Tajo.
Luego el fugaz paso templa,
Y parece que cansado
De tanto correr, se duerme
En un plácido remanso,

Do se ven los pececillos,
Ya ir sus cristales surcando,
Y ya que asoman sobre ellos
Con mil bulliciosos saltos.
Los árboles de la orilla
En el fondo retratados,
Dos veces la vista alegran
Con la pompa de sus ramos.
Entre ellos los paxarillos,
O alternan su dulce canto,
O vuelan de rama en rama
Lascivos y alborotados.
Aquí un ruiseñor se escucha
Querellarse enamorado,
Y allí tras su compañera
Sale un colorin volando.
Allá la tórtola gime,
Y al arrullo solitario
Rendida su fiel consorte,
Le vuelve un quejido blando.
Las oficiosas abejas

En un tomillar cercano,
Con dulce trompa susurran
Entre violas y amarantos.
Aquí está la grata sombra
Del álamo consagrado,
Zagala hermosa, a tu nombre
Desde que en él nos hablamos.
Crece en su lisa corteza,
Tallada por mi fiel mano,
Nuestra cifra ¡eterna dure!
Entre un mirto al Amor grato.
Pues ¡ay! ¿que nos detenemos?
Ven a su umbroso descanso,
Que ya del sol y tus ojos
No puedo llevar los rayos.
Ven y a mis ruegos te inclina;
Dame, adorada, la mano,
Que bien este don merece
Quien su corazon te ha dado.
Celebrarán nuestra gloria
Las avecillas cantando,

Murmurando el arroyuelo,
Y balando los ganados.

ROMANCE VI.

LA DECLARACION.

Si tu gusto favorece,
Zagaleja, mis deseos,
Tú serás mi eterna llama,
Y yo la envidia del pueblo.
Ocho meses te he seguido,
Fino amándote en secreto,
Por tus injustos desdenes
Y con temor de tus deudos.
Las ansias y los suspiros
Que debes a mi silencio,
Sábelo Amor solamente,
O mi pecho que es lo mesmo.
¡Que de noches a tus rejas

Los centellantes luceros,
Y de las aves al alba
Me encontráron los gorgeos!
Mas nunca bien ocultarse
Pueden el querer y el fuego;
Que ya todos en tu casa
Saben del mal que adolezco.
Necedad es la porfía
De callar mas mis intentos,
Que nunca ganó el cobarde
De amor en el dulce juego.
Ayer me dixo Belarda,
Que si la calle paseo,
Tu madre misma se rie
Y aprueba mi galanteo.
Que tu padre bien me quiere,
Y que a tus hermanas debo
Voluntad y compasion:
¡Ay! toma en ellas exemplo.
Yo, zagaleja, te adoro;
Que en la noche de los fuegos

Te consagré mi albedrío:
Perdona el atrevimiento.
Mas no, esquiva, no desdeñes
Por la humildad del sugeto
Un pecho tierno y sencillo
Esclavo de tus ojuelos:
Que en el don que ofrece el pobre
No debe mirarse al precio,
Si la voluntad lo ensalza
Y lo hidalgo del afecto.
Mil y mil almas te diera,
Si yo fuera de ellas dueño:
Una te doy que me cupo,
No merezca tu desprecio.
Que ni mas fiel ni mas pura
Cabe en amoroso pecho,
Ni corazon mas leal,
O rendido a tus preceptos.

ROMANCE VII.

LA LLUVIA.

Bien venida, o lluvia, seas
A refrescar nuestros valles,
Y a traernos la abundancia
Con tu rocío agradable.
Bien vengas, o fértil lluvia,
A dar vida a las fragantes
Flores, que por recibirte
Rompen ya su tierno cáliz.
Bien vengais, alegres aguas,
Fausto alivio del cobarde
Labrador, que ya gemia
Malogrados sus afanes.
Baxad, baxad, que la tierra
Su agostado seno os abre,
Y os esperan mil semillas
Para al punto fecundarse.

Baxad, baxad en las alas
Del vago viento, empapadle
En deliciosa frescura,
Y el pecho lo aspire fácil.
Baxad, ¡o! ¡como al oido
Encanta el ruido süave,
Que entre las trémulas hojas
Cayendo las gotas hacen!
Las que al rio undosas corren,
Agitando sus cristales
En vagos círculos turban
De los árboles la imágen.
Saltando de rama en rama
Regocijadas las aves,
Del líquido humor se burlan
Con su pomposo plumage.
A las desmayadas vegas
En bulliciosos cantares
Su salud faustas anuncian,
Y alegres las alas baten.
El pastor el vellon mira..

Del corderillo escarcharse
De aljófares, que al moverse
Invisibles se deshacen;
Miéntras él se goza y salta,
Y con balidos amables
Bendice al cielo, y ansioso
La mojada yerba pace.
El viento plácido aspira,
Y viendo quan manso cae
En sus campos el rocío,
El labrador se complace.
Todo brilla y se renueva,
De aromas se puebla el ayre,
Las tiernas mieses espigan,
Y florecen los frutales.
Alzando entre hermosas nubes
El sol su trono radiante,
Al íris de grana y oro
Pinta en riquísimo esmalte.
La naturaleza toda
De galas se orna y renace,

O benigna, o vital lluvia,
Con tus ondas saludables.
Ven pues, ¡o! ven, y contigo
La rica abundancia trae,
Que de frutos coronada
Regocije los mortales.

ROMANCE VIII.

DE LAS DICHAS DE AMOR.

No juzgues, bella aldeana,
Que es al niño Amor dificil
Cautivar el albedrío,
Y en su dulce lazo unirle.
El camino de su templo,
Y las sendas que en él sigues
Entre inocentes placeres
Sus prisioneros felices,
No por ásperas las tengas,

Ni las juzgues imposibles;
Que son llanas, y de rosas
Sembradas y de alelíes.
No imagines, no engañada,
Que su fuego el alma aflige,
Ni de sus blandas heridas,
Que ningun remedio admiten.
Su fuego un ardor süave,
Sus llagas son apacibles,
Y leves puntas las flechas,
Que su tierno nombre imprimen.
La cárcel que tanto temes,
Y esa cadena en que gimen
Sus venturosos esclavos,
Que tú llamas infelices,
Es un celestial alcázar,
Donde gozan los que viven,
En vez de prision y hierros,
De venturas indecibles.
Siempre embebidas las almas,
Ya en esperanzas que fingen,

Ya en desdenes que contrastan,
Ya en favores que consiguen;
Temen hora, hora suspiran,
Hora blandamente rien,
Gozan hora, hora se quejan,
Hora al amado se rinden.
Sus palabras son caricias,
Sus riñas serenos íris,
Y sus desdenes süaves
Ocasion de nuevas lides.
El favor plácida llama
Con que el alma se derrite,
Las quejas son pasatiempo,
Y los desdenes melindre.
¡Felices una y mil veces
Los que en su poder suspiren,
Los que de sus flechas mueren,
Y los que su ley reciben!

ROMANCE IX.

DE LA NOCHE DE LOS FUEGOS.

Nunca yo hallado te hubiera,
Ni la noche de los fuegos
Nunca tú por mi ventura
Salieras, Rosana, a verlos;
Y hoy mi infelice cuidado
No ardiera en ciegos deseos,
Ni mi labio en mil suspiros,
Ni en tiernas ansias el viento.
Que amor, si esperanza falta,
Solo es un loco despecho,
La solicitud martirio,
Y agonía los desvelos.
Vite venturoso entónces,
Un acaso fué el encuentro;
Mas el verte y adorarte

Todo fué un instante mesmo:
Bien como son en la nube
En un punto rayo y trueno,
Y el fogoso sol inunda
De un mar de luz tierra y cielo.
Tan bella en el llano estabas,
Como en un vergel ameno
Crece el alto cinamomo,
De lozana flor cubierto.
Tal qual fresca clavellina,
Quando abre el virginal seno
Coronada de rocío,
Y en ámbares baña el suelo.
Tal qual la rubia mañana
Entre purpúreos reflexos
Abre las puertas al dia,
Y en pos sale del lucero.
Yo te rendí el albedrío:
¿Pude yo, mi bien, no hacerlo,
Siendo tan bella, y mis ojos
Estándote ¡ay de mí! viendo?

¿Por que a los fuegos saliste?
¿Por que yo no estuve ciego?
¿Acaso adorarte es culpa?
¿Acaso en llorar te ofendo?
¿Quien puso tal ley? Mal haya,
Mal haya el alma de hielo
Que pensó así, profanando
De Amor los dulces misterios.
No, no; amar no es un delito,
Sino indispensable feudo,
Que naturaleza amiga
Pone a los sensibles pechos.
Yo lo pago, y yo te adoro:
Blanda oye mi ardiente ruego,
Y no a yugo tan süave
Niegues indócil el cuello.

ROMANCE X.

LA AMANTE DESDEÑOSA.

Si me quieres como dices,
Dexa el desden, zagaleja,
Que nunca se uniéron bien
El amor y la aspereza.
El desden oponlo cruda,
Si otro zagal te festeja,
Que querer a dos a un tiempo,
Es hacer a ambos ofensa.
Uno sea el escogido;
Mas quando feliz lo sea,
Goza de su amor, serrana,
Y él en libertad te quiera.
Pues en amor los rigores
Son qual hielo en primavera;
Que quita galas al mayo,
Y a los ganados la yerba;

Y el favor plácida lluvia,
Con que abril al campo alegra,
Que hace florecer los valles
Y espigar la sementera.
Favorece y no desdeñes;
Que no toda la belleza
Está en unos lindos ojos,
O en una dorada trenza.
Beldad vana y sin agrado
Es bien qual pomposa yedra,
Que alegres todos la miran,
Pero ninguno la aprecia;
Mas al agasajo unida,
Qual vid de racimos llena,
A cuya sombra apacible
Gozosos todos se asientan.
Flor de un dia es la hermosura,
Y el tiempo tras sí la lleva;
Y si en mis palabras dudas,
Toma una licion en Celia.
Mas la afable cortesía

Ni se deshoja, ni altera,
Y siempre cautiva el alma
Tiene en su dulce cadena.
Sé cariñosa, Amarílis,
Y verás toda la aldea,
Si hora tu altivez murmura,
Celebrar tu gentileza.
  Esto Belardo cantaba
De una zagala a las puertas;
Y ella enojada se asoma,
Y que se calle le ordena.

ROMANCE XI.

LA ZAGALA PENSATIVA.

¿Tú triste, serrana bella?
¿Tus ojuelos cristalinos
De llorar, mi bien, turbados?
¿Sin luz su amoroso brillo?
¿Tu rostro ajado? ¿el purpúreo
Color de rosa marchito
En tus mexillas? ¿tu pecho
Lanzar ardientes suspiros?
Tú elevada y silenciosa?
¿De tu zagal bien querido
El lado esquivar tres dias?
¿Por que tan crudo desvío?
¿Es este el amor eterno
Jurado? ¿de mis martirios
El premio? Adorada mia,
¿Me abandonas? ¿soy perdido?

¿Que niebla a tu luz se opone?
Por el corazon mas fino,
Que el niño alado hasta ahora
Hirió con sus dulces tiros,
Por un alma en que señora
Dominas ¡ay! te suplico,
Me digas tu mal, o acabes,
Cruel, de una vez conmigo.
Vivir no puedo en mas dudas:
Quantos tristes desvaríos
Teme mi desdicha, todos
Presentes ahora los miro.
Todos los miro presentes,
Y desolado el juicio,
Sin osar fixarse, vaga
De uno en otro mal perdido.
Ya tu helada indiferencia
Le hace temblar, ya el antiguo
Ceño implacable, por otro
Ya su amor llora en olvido;
Y abandonado.... ¡dexarme

Su fe! ¡su labio sencillo
Torpe mentir! Léjos, léjos
De mí, pensamiento indigno:
Léjos de mí; y tú perdona,
Perdona el ciego delirio
Que me arrastra. ¡O! ¡si algun dia
Mi llama hubieses creido!
¡Que feliz! ¡que sin zozobra
Gozara el premio contigo
De mi afan! Ya no hay remedio;
Tú, aleve, tú lo has querido.
Y yo víctima infelice
De un error, en un abismo
De males sumido, al cielo
Clamo en vano por alivio.
Mi estado mira, y piadosa
Duélete dél: no mi esquivo
Tormento inhumana dobles
Con tu silencio, bien mio.
¿Que te aqueja? ¿que padeces?
¿Fiel yo en tu seno no fio

Mis crudas penas? ¿Pues como
No te merezco lo mismo?
Mi amor, mis furores sabes:
A todo estoy prevenido;
Ménos a olvidarte....ciego
Será a todo mi albedrío.

ROMANCE XII.

LA MAÑANA.

Dexad el nido, avecillas,
Y con mil cantos alegres
Saludad al nuevo dia,
Que asoma por el oriente.
¡O! ¡qué arreboles tan bellos!
¡O! ¡quan galan amanece,
De animada luz dorando
De los montes la alta frente!
A la aurora el manto rico

Los céfiros desenvuelven,
Mezclando en el horízonte
La púrpura con la nieve;
Y luego inquietos vagando
Entre las flores se pierden,
El rocío les sacuden,
Y sus frescas hojas mecen.
Ellas fragrantes perfumes
Por oblacion reverente
Tributan al sol, que a darles
La vida con su luz vuelve.
¡O! ¡que bálsamo! ¡que olores!
¡O! ¡que gozo el alma siente
Al respirarlos! del pecho
Salirse absorta parece.
La vista vaga perdida:
Aquí una flor la entretiene,
Que de luz mil visos hace
Con sus perlas transparentes.
Allí el plácido arroyuelo,
Cuyas claras linfas mueve

El viento en fáciles ondas,
Apénas correr se advierte.
Mas allá el undoso rio
Por la ancha vega se tiende
Con magestad sosegada,
Y qual cristal resplandece.
El bosque umbroso a lo léjos
La vista inquieta detiene,
Y entre nieblas delicadas
Qual humo se desvanece.
El vivo matiz del campo,
Este cielo que se extiende
Sereno y puro, estos rayos
De luz, el tranquilo ambiente,
Este tumulto, este gozo
Universal, con que quieren
Entonar el himno al dia
La turba de los vivientes;
¡O! ¡como me encanta! ¡o! ¡como
Mi pecho late y se enciende,
Y en la comun alegría

Regocijado enloquece!
La mensagera del alba,
La alondra mil parabienes
Le rinde, y tan alto vuela
Que ya los ojos la pierden.
Tras sus nevados corderos
El pastor cantando viene
Su tierno amor por el valle,
Y al rayo del sol se vuelve.
El labrador cuidadoso
Unce en el yugo sus bueyes,
Con blanda oficiosa mano
Limpiándoles la ancha frente.
El humo en las caserías
En volubles ondas crece,
Y a par que en el ayre sube,
Se deshace en sombras leves.
¡Quan hermosa es, dulce Silvia,
La mañana! ¡quanto tiene
Que admirar! ¡en sus primores
Como el alma se conmueve!

Dexa el lecho y sal al campo,
Que humilde a tu seno ofrece
Sus nuevas flores, y juntos
Gozemos tantos placeres.

ROMANCE XIII.

LA ÇITA DE AMOR.

Asomaba el sol dorando
De un alto monte la cima,
Quando de su humilde choza
La bella Fili salia.
Mas luces va dando al valle
Que el sol al purpúreo dia,
Mas fresco aljófar que el mayo,
Y que el alba alegre risa.
Su tierno cáliz las flores
Abren do quiera que mira;
Do imprime el pie, rosas nacen,

Do la mano clavellinas.
Con mil trinos delicados
Las alegres avecillas
En los árboles pomposos
Con su sombra la convidan;
Mas ella sin atenderlas,
Herida de amor camina
Donde su fiel zagalejo
La está esperando ¡que dicha!
Llega en fin, y tales quedan
En su cariñosa vista,
Que uno en otro transportado
Ninguno a hablar se atrevia.
Solo del zagal los ojos
Le diéron la bienvenida,
Los ojos, que mudo el labio
Ni aun hacer esto podia.
Ella cortes le responde,
Que siempre la cortesía,
No la rustiquez grosera,
Fué de la beldad amiga.

Y luego mas bien cobrados
Se juran una fe misma,
Regalando su esperanza
Con mil sencillas caricias.
¡Que de amores se prometen!
¡Que glorias se facilitan,
Quando en el ardiente agosto
Torne a la aldea la niña!
Allí tramarán conciertos,
Allí en plácidas delicias
Lecho les dará algun valle,
Sombra alguna verde encina;
Donde el zagal venturoso
Halle el fin de sus fatigas,
Y goze entre mil suspiros
Su amorosa tortolilla.
Así ledos se entretienen,
Y para acallar la envidia
Las manos se dan de esposos,
Y su dulce amor confirman.

ROMANCE XIV.

DE UNA AUSENCIA.

¿Que sirve que viva ausente,
Si con el alma te veo,
Zagala hermosa del Tórmes,
Y te adora el pensamiento?
¿Que sirve que ausente viva,
Si un amor fino y honesto
Bien así en la ausencia crece,
Qual con seca leña el fuego?
Nunca está léjos quien ama,
Aunque tenga un mundo en medio:
Para el gusto no hay distancias,
Ni violencias para el pecho.
Solo, zagala, el que olvida
Se dice bien que está léjos;
Que yo donde quier que vaya,
En mi corazon te llevo.

Mi fino esperar me anima,
Y en memorias me entretengo;
Que quanto miro, bien mio,
Me parece tosco y feo.
¡ Mis locas ansias se pierden,
Los ayes los lleva el viento,
Mis lágrimas el Eresma,
Y el alba los dulces sueños.
En ellos ¡ay! ¡que de noches
Me hallara a tus plantas puesto,
Tal vez ayrada conmigo,
Tal vez benigna a mi ruego!
Y al despertar, ¡que de veces
Como burlado me siento!
Llamándote qual si oyeras,
Bañé en lloro amargo el lecho.
Mas quisiera yo las noches,
Quando entre escarchas y hielo
Quejándome de tu olvidò,
Me escucháron los luceros,
Mas que no estas noches tristes

De luto y dolor eterno,
En que a solas me consumo,
Y maldigo mis deseos.
¡Ay! ¡quando diré a tus rejas,
Como cantaba algun tiempo
Ciego de amor y esperanzas,
Que qual humo se han deshecho:
Nunca yo hallado te hubiera,
Ni la noche de los fuegos
Nunca tú por mi ventura
Salieras, Rosana, a verlos!
¡Quando.... Aquí llegaba un triste,
A quien del Tórmes traxéron
Al Eresma desterrado
La envidia, el odio y los zelos.
Los compasivos zagales,
Que sus gemidos oyéron,
Consuélanle, y él responde,
Que a un ausente no hay consuelo.

ROMANCE XV.

EL ZAGAL APASIONADO.

¡O! ¡que mal se posa el sueño
Sobre ojos que el Amor abre!
¡Ni con sus dulces cuidados
Su grata calma hizo paces!
Las dos suenan, y rendidos
De sus amargos afanes
En un plácido letargo
Todos los vivientes yacen.
Yo solo velo, bien mio
Y en ocupacion sũave
Con tu cariño y mis penas
Regalo mi pecho amante.
¡O! ¡que de cosas a un tiempo
La imaginacion me trae!
¡Que de venturas me finge!
¡Y que de estorbos deshace!

Si los reyes de la tierra
Pusieran en este instante
Su cetro a mis pies en cambio
De mi dulce amor, ¡que fácil!
¡Que alegre los desdeñara,
Bien mio! porque ¿que valen
Su oro todo y señorío
Con mi embeleso inefable?
Tú lo di, o luna, que atiendes
Mis finezas, tú que sabes
De mi corazon las ansias,
Y quan tierno hora me late.
Inmóvil, los ojos fixos
Sobre tu albergue: enviadle,
Clamo a los cielos, los sueños
Mas ligeros y agradables.
Volad, frescos cefirillos,
Volad y batid el ayre
Que mi amor tranquilo aspira,
Empero sin despertarle.
Colmad de suaves esencias

Su estancia; flor en los valles
No abra el cáliz que en tributo
De mi amada no se exhale.
La sensible filomena,
Que en su trinar lamentable
Encanta el bosque, a su oido
Repita dulce sus ayes.
Y tú, Amor, ven silencioso,
Y los juegos mas amables
Festivo a su mente ofrezca,
Con que se goze y regale.
Haz que trisque con las Gracias,
Haz que su amiga la llamen,
Y que de rosa y jazmines
Ciñan su sien, y la abrazen.
Entre sus albos corderos
Salga a la vega; un enxambre
De Cupidillos la siga,
Y adormezca mil zagales.
Entre ellos, Amor piadoso,
Presenta mi fiel imagen

A sus pies, besando humilde
Las breves huellas que hace.
Mi ternura le recuerda;
Dile, dile de mi parte,
Que duerma en paz, pues yo velo,
Y mi fé la guardia le hace.
¡Dichosa olanda! ¡dichosa
Veces mil! ¡O! ¡quien lograra
Gozar lo que avara gozas,
Saber quanto felis sabes!
¡O! ¡quien lograse... En mis venas
Todo el fuego de amor arde,
Un dulce temblor me agita,
Plácido el seno me bate.
La voz me falta... A mis ojos
Ven, grato sueño, ven fácil,
Y haz que el delirio que siento,
Entre tus brazos le calme.

ROMANCE XVI.

LA TARDE.

Ya el héspero delicioso
Entre nubes agradables,
Qual precursor de la noche,
Por el occidente sale.
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles,
Y sobre la mustia yerba
Su fresco rocío esparcen.
Su corona alzan las flores,
Y de un aroma suave,
Despidiéndose del dia,
Embalsaman todo el ayre.
El sol afanoso vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten
Al morir su ardiente imágen.

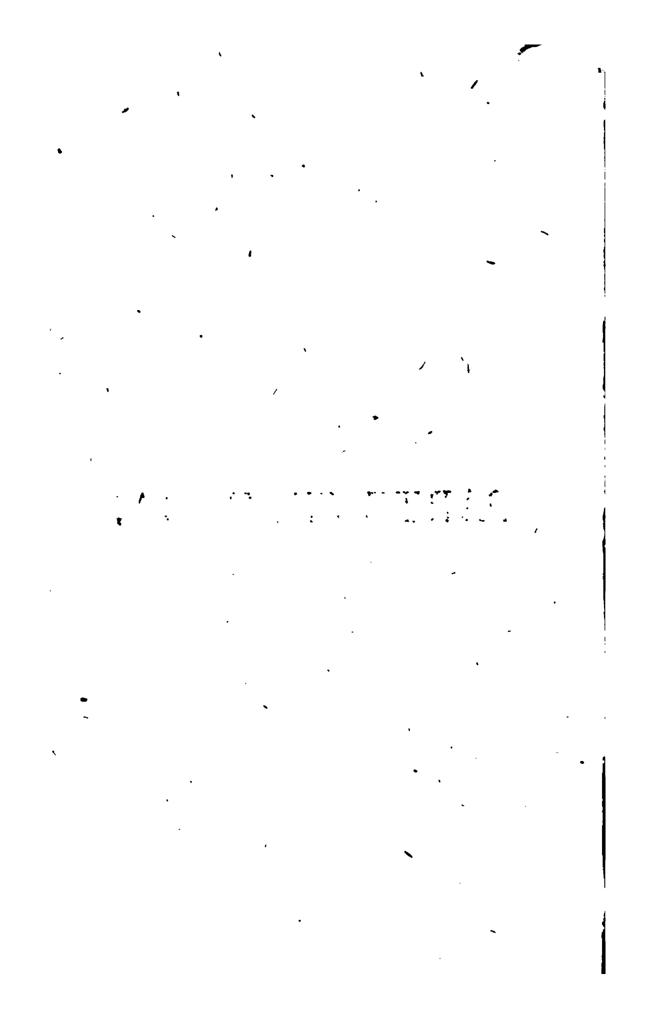
De la alta cima del cielo
Veloz se despeña, y cae
Del océano en las aguas,
Que a recibirlo se abren.
¡O! ¡que visos! ¡que colores!
¡Que ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran de todas partes!
Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono, y mudables
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
Los reverberan las aguas,
Y parece que retrae
Indeciso el sol los pasos,
Y en mirarlos se complace.
Luego vuelve, huye y se esconde,
Y dexa en poder la tarde
Del héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte.
Del nido al caliente abrigo

Vuelan al punto las aves,
Qual al seno de una peña,
Qual a lo hojoso de un sauce.
Suelta el labrador sus bueyes,
Y entre sencillos afanes
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales.
Léjos las chozas humean,
Y los montes más distantes
Con las sombras se confunden,
Que sus altas cimas hacen.
El universo parece,
Que de su accion incesante
Cansado, el reposo anhela,
Y al sueño va a abandonarse.
Todo es paz, silencio todo,
Todo en estas soledades
Me conmueve y hace dulce
La memoria de mis males.
El verde obscuro del prado,
La niebla que undosa a alzarse

Empieza del hondo rio,
Los árboles de su márgen,
Su deleytosa frescura,
Los vientecillos que baten
Entre las flores las alas
Y sus esencias me traen,
Me enagenan y me olvidan
De las odiosas ciudades
Y de sus tristes jardines,
Hijos míseros del arte.
Rica la naturaleza,
Porque mi pecho se sacie,
Me brinda con mil placeres
En su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso;
Dudosos los pies no saben
Do se vuelven, do caminan,
Do se apresuran, do paren.
Baxo del collado al rio,
Y entre las lóbregas calles
De altos árboles el pecho

Lleno de pavor me late.
Miro las tajadas rocas,
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar obscuros
Sus cristalinos raudales.
Llénanme de horror sus sombras,
Y empiezo triste a quejarme
De mis amargas desdichas,
Y a lanzar dolientes ayes.
Miéntras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y la noche el velo tiende
Que al crepúsculo deshace.

PARTE SEGUNDA.



ODA I.

LA VISION DE AMOR.

Por un florido prado
Iba yo en compañía
De la zagala mia
Contento y descuidado,
Y el alma suelta de pasiones graves,
Con mi dulce rabel seguir curaba
Ya el trino de las aves,
Ya el beé que a mis corderas escuchaba;
Y así me deleytaba,
Porque a un tierno muchacho le divierte
Qualquier belleza que en natura advierte.
Vi que hácia mí venia
Una doncella hermosa,
Qual purpurante rosa,
Que nunca visto habia.
La Musa, dixo, soy de los amores

No zagalejo simple te rezeles,
Quando ves en suavísimos ardores
Los hombres y aves, brutos y vergeles:
No cantes, no, qual sueles
Esa rusticidad de la natura,
Que bien mayor mi númen te asegura.
Canta de tu zagala
La esplendente belleza,
Su noble gentileza,
Su enhiesto cuello y gala:
Cántate de sus ojos hechizado;
Y ciego en sus dulcísimos ardores,
Haz que suene su nombre celebrado
Por tu verso entre todos los pastores.
Coronado de flores
Sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
Brazo con brazo a tu zagala asido.
En estos frescos valles
El ánimo se encanta:
Sorra tu feliz planta
Sus tortuosas calles,

Estancia amena de la cipria Diosa,
Grata mansion de mil Dríadas bellas,
Do a alegre trisca incitan amorosas
En talle ayroso cándidas doncellas.
Sigue, sigue sus huellas;
Sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
Brazo con brazo a tu zagala asido.
Mira allí prevenidas
Entre parras espesas
Cien opíparas mesas
De Cupidos servidas,
Do los que son de Amor van a sentarse.
Al Teyo mira que el festin honrando
Ya empieza con los brindis a turbarse,
Y entre lindas rapazas retozando
Te está dulce cantando:
Sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
Brazo con brazo a tu zagala asido.
Corre, jóven dichoso,
Do el anciano te llama,
Y con su copa inflama.

Tu pecho aun desdeñoso.
Ven, entra en los pensiles del Parnaso,
Donde hallarás otros muchachos bellos,
Qual Tibulo, Villegas, Garcilaso,
Y al niño Amor jugando alegre entre ellos.
Ea, si quieres vellos,
Sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
Brazo con brazo a tu zagala asido.
Ve qual las palomitas
Se arrullan amorosas,
Y susurrar gozosas
Zunzantes abejitas;
Y allá baxo una yedra enmarañada
Gemir dos venturosos amadores,
La sien de mirto y rosa entrelazada
Y a Vénus derramar sobre ellos flores.
Aquí que es todo ardores,
Sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
Brazo con brazo a tu zagala asido.
Dixo Erato amorosa,
Y en una vega amena

De aves parleras llena
Nos dexó cariñosa;
Y yo y mi zagaleja nos entramos
En una gruta retirada umbría,
Y quien mas pudo arder allí probamos;
Y ella mi amor y el suyo yo vencia.
Y de tan fausto dia
Sigo siervo feliz, sigo a Cupido,
Brazo con brazo a mi zagala asido.

ODA II.

A FÍLIS

EN EL DIA DE SUS AÑOS.

En las alas del céfiro llevada
Por la rosada esfera,
Baxa de flores mil la sien ornada
La alegre primavera;
Y el mustio prado, que el helado invierno

Anubló en luto triste,
Al vital soplo del favonio tierno
De yerba y flor se viste.
Las aves en los árboles cantando
Su venida celebran,
Y el hielo los arroyos desatando
Entre guijas se quiebran.
Mas sale Fili en el glorioso dia,
Que años cumple dichosa,
Sale, y mas flores con su planta cria
Que primavera hermosa.
La venturosa tierra, que animada
Con su beldad divina
De tan no vista gala se ve ornada,
Humilde se le inclina.
Y de aromas y de ámbares cargando
Del seno de las flores,
El viento los sentidos regalando,
Le envia mil olores.
Las plantas a su vista reverdecen,
Y los arroyos saltan,

Sus largas vegas en verdura crecen
Y en su aljófar se esmaltan.

Las dulces y parleras avecillas
Le dan en voz sonora,
Haciendo con los picos maravillas,
Mas cantos que a la aurora.

Y uniendo de sus tonos no aprendidos
La música acordada,
Le echan dexando los calientes nidos
Otra nueva alborada.

Salve, le dicen, copia peregrina
De la beldad eterna;
Salve, fragante rosa y clavellina,
Salve, azucena tierna.

Salve, y al baxo mundo de tus dones
Liberal enriquece.
¡Ay! ¡que lazo a los tristes corazones
Ya tu hermosura ofrece!

Amor, el blando Amor desde tus ojos
Su ardiente arpon dispara,
Y mil tiernos cautivos por despojos

A tu planta prepara.

¡Que inocente rubor si se alboroza!
¡Que si ornándose apura
Ufana el arte, y se contempla y goza
Tu angélica hermosura!

¿Para que bello jóven venturoso,
Alma Vénus, preparas
La delicada rosa, que amoroso
Sacrifique en tus aras?

¿A quien? ¿a quien benigna has acordado
Tal premio? ¿o quien es digno
De ver tu pecho de su amor tocado,
Pimpollo peregrino?

Que en vano el cielo tu beldad no cria;
Y aunque el rostro colores,
Tan áspero desden será algun dia
Trocado en mil ardores.

Esto las avecillas van cantando
Con delicado acento,
Y un VIVA FÍLIS al olimpo alzando,
Se esparcen por el viento.

ODA III.

AL AMOR

CONFESÁNDOSE RENDIDO.

¿Que mas quieres, Amor? ya estoy rendido;
Ya el pecho indócil de tu arpon llagado
Humilde implora tu favor sagrado:
Tu esclavo soy, si tu enemigo he sido
Con furor obstinado.
Ves quan alegre a tu señar desecho
Las inútiles armas por seguirte.
¡O que demencia ha sido resistirte!
Ya lo conozco, ya; ves aquí el pecho
Presto para servirte.
Dulce tirano, si agradarme quieres,
Muy mas crudo me hiere con tus flechas,
Y ponme en tus prisiones mas estrechas
¡Ay! con los grillos, grillos de placeres
Que a los amantes echas.

Solo a la ninfa de que te has valido
Para rendirme con su vista hermosa,
Haz que me aliente en la prision dichosa,
Haz que me aliente el corazon herido
Con mirarme amorosa.

ODA IV.

A DON SALVADOR DE MENA

EN UN INFORTUNIO.

Nada por siempre dura:
Sucede al bien el mal; al albo dia
Sigue la noche obscura,
Y el llanto y la alegría
En un vaso nos da la suerte impia.
Trueca el árbol sus flores
Para el otoño en frutos, ya temblando
Del cierzo los rigores,
Que aterido volando

Vendrá tristeza y luto derramando.
Y desnuda y helada
Aun su cima los ojos desalienta,
La hoja en torno sembrada,
Quando al invierno ahuyenta
Abril, y nuevas galas le presenta.
Se alza el sol con su pura
Llama a dar vida y fecundar el suelo;
Pero al punto la obscura
Tempestad cubre el cielo,
Y de su luz nos priva y su consuelo.
¿Que dia el mas clemente
Resplandeció sin nube? ¿quien contarse
Feliz eternamente
Pudo? ¿quien angustiarse
En perene dolor sin consolarse?
Todo se vuelve y muda.
Si hoy los bienes me roba, si tropieza
En mí la suerte cruda,
Las Musas su riqueza
Guardar saben en mísera pobreza.

Los bienes verdaderos,
Salud, fe, libertad, paz inocente,
Ni a puestos lisonjeros,
Ni del metal luciente
Siguen, Menalio, la fugaz corriente.
Fuera yo un Cesar, fuera
El opulento Creso, ¿acaso iria
Mayor si me midiera?
Mi ánimo solo haria
La pequeñez, o la grandeza mia.
De mi débil gemido
No, amigo, no serás importunado,
Pues hoy yaçe abatido
Lo que ayer fué encumbrado,
Y a alzarse torna, para ser hollado.
Vuela el astro del dia
Con la noche a otros climas, mas la aurora
Nos vuelve su alegría,
Y fortuna en un hora
Corre a entronar al que abismado llora.
Si me es esquivo el hado,

Mañana favorable podrá serme.
Y pues no me ha robado
Tu pecho, ni ofenderme
Pudo, ni logrará rendido verme.

ODA V.

DE LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

¿Ves, o dichoso Licidas, el cielo
Brillar en pura lumbre,
Y el sol sublime en la celeste cumbre
Animar todo el suelo?

¿La risa de las flores y el pomposo
Verdor del fresco prado,
El céfiro lascivo, y el ganado
Ir paciendo gozoso?

¿Como los altos árboles se mecen,
Y entre el blando sonido

Los coros de las aves, que el oido
Y el ánimo adormecen?
¿Como el arroyo se desliza y salta,
Y al salpicar las flores,
Su grata variedad y sus colores
De perlas mil esmalta?
Pues teme, incauto, teme que en un hora
Venga el cierzo enojoso,
La luz anuble, cubra el sol fogoso
Y su honor lleve a Flora.
Las hojas de los árboles sacuda
Y esparza por el suelo,
Pare su curso al líquido arroyuelo,
Y al ave dexe muda.
Que así fortuna en su inconstante suerte,
Ciega y cruel varía
La faz del universo en solo un dia,
Y en mal el bien convierte.
Un tiempo yo la vi tambien contenta
Y con rostro sereno;
Mas burlóme falaz: del daño ageno,
Lícidas, escarmienta.

ODA VI.

DE LA VOZ DE FÍLIS.

Amable lira mia,
Canta, a mi amor acorde, armoniosa
La dulce melodía,
La voz tierna y graciosa
De la Ninfa mas bella y desdeñosa.
¡Ay! canta, si te es dado
Sus loores cantar como es debido,
El suspiro apenado
Que arrebató mi oido,
Y en la gloria me tuvo embebecido.
O el brio y ligereza
Con que los albos dedos gobernaba,
Y la gentil destreza
Con que el clave tocaba,
Y con su amable voz lo acompañaba.
Su amable voz, que suena

Qual la de los pardillos mas canoros,
Y el alma así enagena
Con sus ecos sonoros,
Qual suele Amor en sus suaves coros.
  Mudando blandamente
A su placer el ánimo encantado,
El ánimo que siente
Todo su ardor mezclado
Con el gemir doliente, apasionado,
  Sigue empeñado embebido
El mágico compas del son sabroso,
Mientras por el oido
Con ardid engañoso
El ciego rey le roba su reposo.
  Y la herida sintiendo,
Y el volcan que la grata melodía
Va en el pecho prendiendo,
Oye aun con alegría
El suave hechizo que sus penas cria.
  Oye el labio que suena
En feliz consonancia al instrumento,

Y extático en cadena
Detiene al pensamiento,
Dudoso entre la pena y el contento.
Pero ¿quien podrá tanto,
O qual lira será la celebrada,
Que a seguirte en su canto
Llegue, voz regalada,
Si el mismo Apolo no la da templada?
¿Quien podrá dignamente
Ese don ponderar, o voz sonora,
Que al alma blandamente
Rinde, embarga, enamora,
Y aun haciéndola esclava la mejora?
¡O voz! ¡o voz graciosa!
¡Voz que todo me lleva enagenado!
¡O garganta lustrosa!
¡Pecho tierno y nevado,
De do tono tan blando ha resonado!
Tú solamente puedes
Tu dulzura cantar como es debido,
Que a las Gracias excedes

Feliz, y a quien ha sido
Tan claro don del cielo concedido.
Y pues tú solamente
Puedes bien celebrar tu voz sonora,
Suenen de gente en gente
Sus trinos, mi señora,
Y cesen ya las salvas a la aurora.
Ni los sueltos pardillos,
Que por el ayre puro van volando,
Abran mas sus piquillos,
Miéntras estés cantando,
Y tu humilde zagal te esté escuchando.

ODA VII.

A LISI

QUE SIEMPRE SE HA DE AMAR.

La jovial primavera con mil flores,
El céfiro bullendo licencioso,
Y el trino de las aves sonoroso
Nos brindan a dulcísimos amores
En lazo delicioso.

Viene el verano, y la molesta llama
Agosta de su espíritu abrasado
Árboles, plantas, flores, yerba y prado.
Todos temen su ardor; solo quien ama
Lo espera descuidado.

El amarillo otoño asoma luego
De frutas, yedra y pámpanos ceñido:
La luz febea su vigor perdido
Se encoge, miéntra Amor dobla su fuego
Blando y apetecido.

Y en el ceñudo invierno, quando suena
Mas bravo el aquilon tempestuoso,
Entre lluvias y nieves en reposo
Canta su ardor, y rie en su cadena
El amador dichoso.

Que así plácido Amor sabe del año
Las estaciones, si gozarlos quieres,
Colmar, Lisi, de encantos y placeres.
¡Ay! cógelos, simplilla, ve tu engaño,
Y a la vejez no esperes.

ODA VIII.

A UN AMIGO
EN LAS NAVIDADES.

Templa el laud sonoro
Del lírico de Teyo,
Y un rato te retira
Del popular estruendo,

Cantarémos, amigo,
Con alternado acento
En dias tan alegres
Sus delicados versos.
Sus versos que del alma
Disipan los molestos
Cuidados, qual ahuyenta
Las nubes el sol bello.
Y el inocente gozo,
Las Gracias y el risueño
Placer nos acompañen,
Y enciendan nuestros pechos.
O en el hogar sentados
Las Musas y Lièo
Nos diviertan, y burlen
Las furias del enero.
¿Que a nosotros la corte,
Ni el mágico embeleso
De confusiones tantas,
Qual sigue el vulgo necio?
El sabio se retira,

Y admira dende léjos
Del mar alborotado
Las olas y el estruendo.
Gozoso en su fortuna
Su rostro está sereno,
Sus manos inocentes,
Tranquilos son sus sueños.
Ni el oro le perturba,
Ni adula al favor ciego,
Ni teme, ni codicia,
Ni envidia, ni da zelos.
Por eso entre sus vinos,
Sus bayles y sus juegos,
De sabio diéron nombre
Los siglos a Anacréon:
Miéntras el de Stagira,
Del Macedon maestro,
Con obras inmortales
No alcanzó a merecerlo.
La vida es solo un punto,
Las honras humo y viento,

Cuidado los tesoros,
Y sombra los contentos.
Feliz el sabio humilde,
Que en ocio vive, exênto
De miedos y esperanzas,
Bastándose a sí mesmo.
Un libro y un amigo,
Pacífico y honesto
Le ocupan, le entretienen,
Y colman sus deseos.
Alegre el sol le nace,
De noche el firmamento
Consigo le enagena
Absorto en sus luceros.
Sus horas deliciosas,
Qual plácido arroyuelo
Se pierden, que entre flores
Con risa va corriendo.
¡Dichoso el tal mil veces!
Su inmóvil planta beso,
Pues supo así elevarse

Del miserable suelo.
Un tiempo a mí fortuna
Con rostro placentero
Tambien falaz me quiso
Contar entre sus siervos.
Llevóme á que adorara
La imágen de su templo,
Y al ánimo inocente
Detuvo prisionero.
Mas luego el desengaño,
Baxando desde el cielo,
Me muestra sus ardides,
Y libra de su imperio.
De entónces, dulce amigo,
Seguro de mas riesgos,
La humilde medianía
En blanda paz celebro.

ODA IX.

AL CAPITAN D. JOSEF CADALSO

DE SUS VERSOS.

Dulce Dalmiro, quando a Fili suena
Tu delicada lira,
El rio por oirte el curso enfrena,
Y el mar templa su ira.
Alzan las Ninfas la nevada frente
Coronada de flores;
Suelta Neptuno el húmido tridente,
Y escucha tus amores.
Los horrísonos vientos se adormecen,
Bulle céfiro blando,
Y los marchitos prados reverdecen
Miéntras tú vas cantando.
Desde el olimpo baxa Citéres,
¡Tanto tu voz le agrada!
Y en el plácido canto se recrea.

De Mavorte olvidada.

Tus blandos ayes siguen arrullando
Sus cándidas palomas,
Sus Cupidos contino están echando
Sobre ti mil aromas.

Las vagarosas parlerillas aves
Ven la Diosa, y levantan
Mil trinos y cromáticos süaves,
Con que el ánimo encantan.

Y en dulcísimos tonos no aprendidos
Le dan la bienvenida;
Mas de tu lira oyendo los sonidos
Calla su voz vencida.

Tú en tanto reclinado estás cantando
Sus loores divinos,
El favor de la Diosa demandando
En mil sáficos himnos.

Todo al oirte calla; tu voz suena,
Y el concento armonioso,
Puebla el ayre y el ánimo enagena
En éxtasi amoroso.

Pues no cese, poeta soberano,
Son tan dulce y subido:
Goza el don celestial, que en larga mano
Te dan Febo y Cupido.
Gózale, y en mi oreja siempre suene
Tu apasionado acento,
Que de ternura y paz el alma llene
Y de inmortal contento.

ODA X.

DIÁLOGO

LA RECONCILIACION.

LIDIA.

Ingrato, quando a hablarme
A mi choza de noche te llegabas,
¡Como para ablandarme
Al umbral te postrabas,
Y en encendido llanto lo regabas!

FILENO.

Ingrata, quando a verme
A la huerta del álamo salias,
¡Qual ¡ay! por encenderme
De rosas me ceñias,
Y mil extremos cariñosa hacias!

LIDIA.

¿Pues que, quando sentado
A la sombra del álamo dixiste:
Con tu hechicero agrado
¡Ay Lidia! me rendiste;
Y al yo querer huir me detuviste?

FILENO.

¿Pues que, quando zelosa
Tendido en el arroyo me topaste,
Y al verme cariñosa
Por detras te acercaste,
Y en tus cándidos brazos me enredaste?

LIDIA.

Y quando tú engañoso,
Que te abriera la choza me pedias.

¿Con tono doloroso
Mil ruegos no me hacias,
Y al fin con tus halagos me rendias?

FILENO.

Y quando tú enviabas
Con Lálage a avisarme que allá fuera,
Dime, ¿no me rogabas,
Que hasta el alba estuviera,
Tierna clamando a el alba no saliera?

LIDIA.

¿Calla, desconocida,
Calla, que por Dorila me has dexado;
Y en su querer perdido
El voto has quebrantado
Con que al tuyo mi pecho fué ayuntado.

FILENO.

¿Calla, desconocida,
Que por Lícida a mí me despediste;
Y a Lícida rendida,
El voto no cnmpliste
Que debaxo del álamo me hiciste.

LIDIA.

Pues ¡ay! amado mio,
Tus vanos zelos calma: ven y entremos
Por este bosque umbrío,
Do quejas olvidemos,
Y a par alegres nuestro amor cantemos.

FILENO.

Pues canta, mi pastora,
Y aves y vientos párense a escucharte,
Que el zagal que te adora
Sabrá fiel agradarte,
Y en todas estas vegas nombre darte.

ODA XI.

EL MEDIODIA.

Velado el sol en esplendor fulgente
En las cumbres del cielo
Lanza derecho ya su rayo ardiente
Al congojado suelo.
Y al mediodia rutilante ordena,
Que su rostro inflamado
Muestre a la tierra, que a sufrir condena
Su dominio cansado.
El viento el ala fatigada encoge
Y calla silencioso,
Y el pueblo de las aves se recoge
Al soto verde umbroso.
Cantando ufano en dulce caramillo
Su zagaleja amada,
Retrae su ganado el pastorcillo
A la fresca enramada,

Do juntos ya zagales y pastoras,
En regocijo y fiesta
Pierden alegres las ociosas horas
De la abrasada siesta;

Miéntra en sudor el cazador bañado,
Baxo un roble frondoso,
Su perro fiel por centinela al lado,
Se abandona al reposo.

Todo es calma y silencio. ¡O! ¡que gozosa,
Sobre la fresca grama
Tendido, en la pradera deliciosa
Mi vista se derrama!

Las próvidas abejas me adormecen
Con su susurro blando,
Y las tórtolas fieles me enternecen
Dos juntas arrullando.

Lanza tal vez sus ayes congojosos
Sensible filomena,
Y con su amor y trinos armoniosos
El ánimo enagena.

Serpea entre la yerba el arroyuelo,

En cuya linfa pura
Mezclado resplandece el claro cielo
Con la grata verdura.

Del álamo las hojas plateadas
Mece adormido el viento,
Y en las trémulas ondas retratadas
Siguen su movimiento.

Estos largos collados, estos valles
Pintados de mil flores,
Esta hojosa alameda en cuyas calles
Quiebra el sol sus ardores:

El denso enmarañado bosquecillo,
Do casi se obscurece
La ciudad, que del dia al áureo brillo
Qual de cristal parece:

Estas lóbregas grutas.....¡o sagrado
Retiro deleytoso!
En ti solo mi espíritu aquejado
Halla paz y reposo.

Tú me das libertad, tú mil süaves
Placeres me presentas,

Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.
Mi alma tranquila y dulce en ver se goza
Una flor, una planta,
El suelto cabritillo que retoza,
La avecilla que canta.
La lluvia, el sol, el murmullante viento,
La nieve, el hielo, el frio,
Todo embriaga en plácido contento
El tierno pecho mio.
Y con voz balbuciente tu belleza,
Feliz cantar procuro,
O rica, o liberal naturaleza,
De cuidados seguro.

ODA XII.

A MI AMIGO D. MANUEL LORIERI EN SUS DIAS.

Desdeña, Anfriso, del enero triste
Las rudas furias y aterido ceño;
Su cana faz, su nebulosa vista
Plácido mira.
Sus soplos turben en el yermo monte
Los chopos altos, a la fuente paren
El giro, y hielen el süave pico
De filomena.
Tú no rezeles: en el hondo vaso
El vino corra y el hogar se cebe,
Do entre mil vivas con el dulce padre
Y los amigos
El dia pierde que saliste fausto
A la luz alma del alegre cielo,
Que puro siempre y apacible luzca
Para la tierra.

FILENO.

Ingrata, quando a verme
A la huerta del álamo salias,
¡Qual ¡ay! por encenderme
De rosas me ceñias,
Y mil extremos cariñosa hacias!

LIDIA.

¿Pues que, quando sentado
A la sombra del álamo dixiste:
Con tu hechicero agrado
¡Ay Lidia! me rendiste;
Y al yo querer huir me detuviste?

FILENO.

¿Pues que, quando zelosa
Tendido en el arroyo me topaste,
Y al verme cariñosa
Por detras te acercaste,
Y en tus cándidos brazos me enredaste?

LIDIA.

Y quando tú engañoso,
Que te abriera la choza me pedias.

¿Con tono doloroso
Mil ruegos no me hacias,
Y al fin con tus halagos me rendias?

FILENO.

Y quando tú enviabas
Con Lálage a avisarme que allá fuera,
Dime, ¿no me rogabas,
Que hasta el alba estuviera,
¿Tierna clamando a el alba no saliera?

LIDIA.

¿Calla, desconocida,
Calla, que por Dorila me has dexado;
Y en su querer perdido
El voto has quebrantado
Con que al tuyo mi pecho fué ayuntado.

FILENO.

¿Calla, desconocida,
Que por Lìcida a mí me despediste;
Y a Lícida rendida,
El voto no cnmpliste
Que debaxo del álamo me hiciate.

Y su carmin los labios han perdido;
Mi frente bermejea
Por el sol encendido;
De mis ojos la luz se ha obscurecido.
Mis áridas mexillas
Bañadas van en encendido llanto
Que inunda sus orillas,
Y mi voz causa espanto
A quien no alcanza mi mortal quebranto.
Anfriso, si me vieras
En desventura tal, ¿qual quedarias?
No, ya no conocieras
Al que en mas claros dias
Tan jovial y agraciado ser decias.
Quando a las zagalejas
A baylar convidabas, y a tu lado
Yo con mil blandas quejas
Desperté su cuidado,
Siendo ¡o dolor! de alguna bien premiado.
Mas hora en todo tiene
Un tósigo memoria: mi tristeza

Con nada se entretiene,
Y a par que mi terneza
Crece mi mal con bárbara fiereza.

Si al campo con la aurora
Salgo en mis largas velas a alentarme,
El aljófar que llora
Viene triste a acordarme,
Que en lágrimas tambien debo emplearme.

Así a mas largo lloro
Suelto la rienda, y fácil me parece,
Quando tierno la imploro,
Que en llanto el alba crece,
Y apiadada conmigo se entristece.

Luego no dulce canto
Suena de paxarillos; mas ruido
Y horrísono quebranto:
El cuervo da un graznido,
Y el buho torna un lúgubre chillido.

Pavoroso y temblando
Vuelvo a mi casa y a mi amarga pena,
Mil suspiros lanzando

Contra quien me condena,
Y de tí, amada choza, me enagena.
Pues luego á la comida
No hay decirte ¡o dolor! quanto padezco:
La mas apetecida
Mas torvo la aborrezco;
Si a gustarla me fuerzan, me enternezco.
Sus plácidos rocíos,
Huyendo el sueño con infausto vuelo,
Niega á los ojos mios;
Así o contino velo,
O en amargo sopor mísero anhelo.
Que en dueño y confusiones
Salen del hondo averno á congojarme
Cien hórridas visiones,
Y yo por apartarme
De ellas, triste batallo en desvelarme.
Aun las Musas huido
Han del mísero pecho lastimadas,
Y hanse ¡ay de mi! acogido
O a sus gratas moradas.

O a do mas blandamente sean tratados.

En vano ya procuro
Dulce cantar con mi doliente avena:
Discorda mal seguro
El labio, y en tal pena
Mi infausto númen su aficion no enfrena.

Que en el mal en que vivo
Me entretienen los versos numerosos,
Qual cantando el cautivo
Cien tonos dolorosos,
Blando alivia sus hados congojosos.

Yo así compongo versos
En el mísero trance en que me veo,
Ni limados ni tersos;
Mas que dan al deseo
Breve descanso en deleytoso empleo.

Logro engañar las horas,
Y al nacer coronadas de mil flores
Me topan las auroras,
De inocentes pastores
Llorando penas y leyendo amores.

Y así el Leon fogoso,
Que llamas vibra de su boca ardiente,
No me es tan enojoso,
Miéntras yo dulcemente
Las ansias canto que mi pecho siente.

ODA XIV.

A JOVINO

EL DIA DE SUS AÑOS.

Dexa, dulce Jovino,
El popular aplauso retirado
Conmigo, do el divino
Apolo al concertado
Plectro te canta tu dichoso hado.

¿Y escúchale qual suena,
El luciente cabello desparcido
Por la frente serena,
Y a su trinar subido

El Manzanáres queda embebecido.
Él canta, como fuiste
Al nacer de sus Musas regalado,
Y como mereciste
Ser por él doctrinado
En pulsar diestro su laud dorado.
Y canta los favores
Que los cielos te hicieran, el lustroso
Nombre de tus mayores,
Y entre ellos quan glorioso
Crece el tuyo y descuella, qual frondoso
Alamo que al corriente
De las aguas tendiéndose levanta
Sobre todos la frente;
Y luego el son quebranta,
Y el triste lamentar del Bétis canta,
Quando tú por la orilla
Del claro Manzanáres le dexaste.
¡Ah! ¡quanta pastorcilla
Partiéndote apenaste!
Y a los zagales ¡que dolor causaste!

¡O Jovino felice!
¡O por siempre sereno, fausto dia!
La voz alzando dice:
¡Vive, vive alegría
Del suelo ibero y esperanza mia!
¡O vive afortunado!
Que el cielo te concede dadivoso
Larga edad. El sagrado
Plectro cesa, y lumbroso
Se ostenta el Dios de su cantar gozoso.

ODA XV.

EN LA MUERTE DE FÍLIS.

Cruel memoria, de acordarme dexa
La gracia celestial de aquellos ojos,
Que al afligido pecho un tiempo diéron
Serenidad y vida.
¿Que vale que fantástica retrates

Los delicados labios, do entre rosas
Amor adormecido reposaba,
Y el razonar divino?
El donayre, la gracia, el delicioso
Hechizo de su voz, el albo cuello,
Y aquellas hebras do viví cautivo,
Y al oro deslucian;
Todo la muerte lo acabó nublando.
La tierra, Fili, que en gozarte ufana,
Miéntras la holláste con tu planta bella,
Semejó al claro cielo.
Mas hora yerta, mustia, en ciega noche
Sepultada y en luto sempiterno,
Solo se queja de tu triste muerte
Con lastimeras ansias.
¿Donde está, dice, la real presencia
De la divina Fili, el manso halago,
Y el brillar de sus niñas celestiales
Donde se ha obscurecido?
¿Quando no anticipó la primavera
Saliendo al valle, y el estio ardiente

No templó afable con la nieve pura
De su turgente seno?
El céfiro jugando bullicioso
Entre sus labios, o besando amante
Las flores que tocándolas se abrian
A ofrecerle su aroma:
¡Ay! danos, muerte cruda, el malogrado
Pimpollo que agostaste: *restituye*
Su milagro al Amor, y su tesoro
A la angustiada tierra.
Divina Fili, si mi ruego humilde
Algo puede contigo, desde el cielo
Tus ojos a mis lágrimas inclina,
Y templa mi quebranto.

ODA XVI.

HIMNO A VÉNUS.

Desciende del olimpo, alma Citéres,
Madre de Amor hermosa,
Nacerán en mi pecho mil placeres
Con tu vista dichosa.

Crecerá la delicia y alegría
En que por ti me veo,
Y colmará feliz el alma mía
Su encendido deseo.

Su deseo, Dione, que apenado
Solo a tu númen clama,
Y de amor lleno y de temor sagrado,
Dulce madre te llama.

Ven, ¡o de Gnido y Páphos protectora!
Que un pueblo de amadores
Tu auxîlio celestial ferviente implora,
Cantando tus loores.

Y espera en gozo el seno palpitando,
Que entre aromas sŭaves
Desciendas en el carro, que tirando
Van tus cándidas áves,

Al ostentoso templo, do en sus aras
Quando parado hubieras,
De gloria al mundo con tu luz llenaras
Y eterno bien nos dieras.

Del alto alcazar del radiante cielo
Riendo baxarías
Al mísero, abatido y triste suelo
La cándida alegría.

Su deleyte inmortal, almo y glorioso
Con tu vista tornara,
Y en primavera eterna venturoso
El suelo se gozaba;

Baxando tú, delicia y hermosura
De la mansion eterna,
Do la esperanza inmarcesible dura,
Y en la paz sempiterna.

ODA XVII.

AL MTRO. FR. DIEGO GONZALEZ

QUE SE MUESTRE IGUAL EN LA DESGRACIA.

No con mísero llanto
Aumentes tu penar, ni a la memoria
Traygas los dias de voluble gloria
Que te robó fortuna,
Ni acrecer tu quebranto
En tu queja importuna.
No anhelas sin provecho,
Cerrando al bien el obstinado pecho.
Siente, Delio, que moras
El reyno del dolor, y do nada puro
Es dado ver, ni de temor seguro
El contento se asienta.
Y acaso mientras lloras,
Ya blando el cielo alienta

Tu seno, y la alegría
En copa de oro liberal te envía.
Quanto es so el claro cielo
El bien envuelve con el mal mezclado,
Y quando el mal el ánimo ha llagado,
Luego el bien le sucede.
Así el lúgubre velo
Descorre, á par que cede
Al sol la noche obscura,
Con sus dedos de rosa el alba pura.
Verás que tempestosa
Tiniebla envuelve el dia, y el luciente
Relámpago cruzar la nube ardiente,
La ronca voz del trueno
Sonar magestuosa,
Y temblar de horror lleno
El rústico, inundados
Entre lluvia y granizo sus sembrados.
Y los vientos veloces
Robar las nubes de la etérea playa
Verás; el iris que purpúreo raya,

Del pueblo alado mueve
Las armónicas voces,
Y el labrador se atreve
A contar por segura
Ya la esperanza de la mies futura.
  Así lo ordena el cielo:
Así van lo liviano con lo grave
Enlazados, y lo áspero y süave
En perene armonía;
Y, el lloro y el desvelo
Tras la vana alegría
Con ala infausta vuela,
Quando esperanza ménos lo rezela.
  Quien vive prevenido,
Rie a la suerte el pecho sosegado.
Cantando va del mar alborotado
Entre el bramar horrendo,
Y de Marte al ruido
Y funeral estruendo
Canta, o quando el tirano
A su cuello amenaza en impia mano.

Mas si en pos fausta aspira
Fortuna y le sublima en su engañosa
Tornátil rueda, confiar no osa:
Ántes teme prudente,
Que torva ya le mira
Desgracia, y diligente
La frágil vela coge,
Echa el ancla y al puerto se recoge:
A que pase esperando
La ola bramante y calme bonanzoso
Febo la mar; mas si en letal reposo
Le aduerme la ventura,
El huracan soplando
Le arrastra en su locura
A do en tiniebla ciega,
Por mas que clame, el piélago lo anega.

ODA XVIII.

EL NACIMIENTO DE JOVINO.

Id, o cantares mios, en las alas
De la fiel amistad, y de Jovino
Celebrad la alegría
En su feliz y bienhadado dia.
Id al dulce Jovino, a vuestro númen
Id, y dad el tributo de alabanza
A su nombre sagrado:
Id, pues solo su amor os ha dictado.
¿Que cosa mas suave, y deliciosa,
Que este tributo! ¡que para la tierra
De mas gloria, y contento,
Que de un hombre de bien el nacimiento!
Nace un héroe, y medrosa se estremece
La tierna humanidad sobre una vida,
Que del linage humano
Destruirá la mitad con cruda mano.

El envidioso nace, y mira al punto
Al astro de la luz con torvo ceño,
Solo porque derrama
Sobre sus padres su benigna llama.

Nace un malvado, y a su vista el vicio
Bate las palmas y gozoso rie,
Viendo el nuevo aliado
Que en su cólera el cielo le ha otorgado.

Empero hombre de bien Jovino nace,
Y a su cuna corriendo las virtudes
En sus brazos le mecen,
Y en su amable sonrisa se embebecen.

Naturaleza al verse ennoblecida
Se regocija, y mil alegres himnos
Los ángeles cantando,
Sus venideras dichas van contando.

Su vida, dicen, correrá apacible,
Bien qual sereno el sol brilla en un dia
De blanda primavera
Por la tranquila purpurante esfera.

Será de hijo de sus padres gozo,

Despues creciendo de su patria gloria,
Y de premios colmado
De sus émulos mismos ensalzado.

Detendrá la vejez por contemplarle
Su lento paso, y lucirán sus canas
Como la luna hermosa
En medio de la noche silenciosa.

Respetará la muerte su inocencia,
Y en un plácido sueño a las alturas
Subirá de la gloria,
Dexando al mundo eterna su memoria.

Será allí recibido con canciones
De gozo celestial; su acorde lira
Unida a los divinos
Coros por siempre seguirá sus trinos.

Ni la calumnia, ni la envidia fea
Lo mancháron viviendo; en su tranquila
Muerte los tristes claman,
Y dulce padre y protector le llaman.

La indulgente amistad moró en su seno,
La piedad en sus manos dadivosas,

Y en su rostro el gracioso
Ayre de la virtud y su reposo.
¡O mil veces felice quien merece
Loores tales! ¡o sin par Jovino,
A quien naciendo el cielo
Dió liberal en joya rica al suelo!
Vive, y en dotes y en aplausos crece,
Que de mi musa ocupacion gustosa
Será, Jovino, en tanto
Decir tu nombre en regalado canto.

ODA XIX.

FÍLIS RENDIDA.

Alado Dios de Gnido,
Benigno Amor, delicia y gloria mia,
Ya el ánimo afligido
Su ansia calmó, se inunda en alegría.
Ya celestial reposo

Diste, y eterno bien a mi deseo.
¡Dulce Amor! ¡que dichoso
Es el estado en que por ti me veo!
De mi zagala hermosa,
De mi Fili ablandaste los rigores;
¡Ay! oyóme piadosa,
Y pagó mi querer con mil favores.
Sus ojuelos divinos,
Que mira con envidia el sol dorado,
Me halagáron benignos.
¡O mirar vivo, ardiente, regalado!
Con su boca de perlas,
¡Que palabras tan tiernas me decia!
Loco corrí a cogerlas,
Y del néctar bebí, que ella vertia.
Su mexilla de rosa
A mis labios junté, gozé atrevido,
Y era mas olorosa,
Que todas las que dan Páphos y Gnido.
Despues ¡ay! ¡quien pudiera,
Quien bastára a decir la suerte mia!

¡O! ¡tan eterna fuera
Qual su inmortal memoria y mi alegría!
Con lazo delicioso
Amor por anegarme en sus placeres,
Nos unió cariñoso,
Y su beso nos dió grata Citéres.
Las Gracias revolantes
En torno en sueltos coros nos cercaban,
Y con himnos amantes,
Ven Himeneo, ven, dulces cantaban.
¡Ay! ven al venturoso
Vínculo de constancia y hermosura,
Ven al triunfo glorioso,
Que el poder del amor mas asegura.
Ven, y al zagal que ahora
Tan alto premio en su firmeza alcanza
Estrecha su pastora,
Y su ardor asegura de mudanza.
Ven, que solo a ti es dado
Confirmar en la paz que han recibido,
Los que el lazo ha hermanado
De la alma Vénus y el rapaz Cupido.

ODA XX.

EL DESDEN INJUSTO

IMITANDO A GARCILASO.

Por la escabrosa via
Del olvido, señora, y la aspereza
Camina el alma mia,
Y en eterna tristeza
La aflige sin cesar vuestra crudeza.

Mil cosas va trazando:
Ya para, torna y sigue su camino
El aliento esforzando,
Y ya perdido el tino
Vuelve, y lo baña en lágrimas mezquino.

¡Ay! ¡que de mónstruos mira
Por la horrorosa senda repartidos,
De vuestra injusta ira
En el rigor nacidos,
Y con su humilde amor embravecidos

Entre crudos furores
A cada paso le amenazan muerte,
Y crecen sus temores,
Quando mezquina advierte
Vuestro injusto desden, su esquiva suerte.
No sé como ha concierto
Para seguir la senda engañadora,
Ni como vive acierto;
Solo sé que os adora,
Y aun feneciendo vuestro nombre implora.
Así muy mas segura
A la muerte se entrega por amaros;
Pero le es cosa dura
Que no baste a apiadaros,
Puesto que nunca alcance hasta obligaros.
Por Dios, señora mia,
Que de hoy mas no seais tan desdeñosa,
Que el Amor ¡ay! no os cria
Tan linda y tan donosa,
Para que vos seais tan rigurosa.
Muévaos a blandura ,

Esta llaneza de alma con que os quiero;
Esta mi fe tan pura
Con que por vos me muero,
Y nada mas que amaros de ello espero.

Y puesto que habeis dado
Con vuestro proceder de amor exênto
Al ánimo angustiado
Tan áspero tormento,
Hoy piadosa le dad dulce contento.

ODA XXI.

EN LOS DIAS DE FÍLIS.

¡Que suavísimo canto el ayre llena!
¡Que tono! ¡que armonía
Embebecido el ánimo enagena
En tan alegre dia!

¡Que luz! ¡que fausta luz! ¡que pura llama,
En su carroza de oro

Con mano liberal el sol derrama
De su inmenso tesoro!
Céfiro lleno de ámbares süaves
Regala los sentidos,
Y el trino y alboradas de las aves
Encantan los oidos.
Salta alegre la tierra, y sus collados
Corona de verdura,
Miéntras los arroyuelos deslizados
Quiebran su nieve pura,
Y qual sierpes de nácar por los valles
Con vistosos albores
Forman mil giros y torcidas calles,
Jugando con las flores.
Todo, inocente angélica belleza,
Se debe a tu luz pura,
Que a adornàr basta la nàturaleza
De no vista hermosura.
Y a tu beldad y gracia peregrina
Vuelve la primavera,
Las flores vuelven, vuelve la divina

Luz de la quarta esfera.

De tus años el círculo dichoso
Y el bien logrado dia,
Así qual sol asoma tras medroso
Cerco de nube umbría,

Y esparce con su luz en lo criado
El gozo ántes perdido;
Y bala y regocíjase el ganado,
Y florece el exido:

Así vuelve la gala y alegría
A la dichosa vega,
Que con su curso de corriente fria
El claro Tórmes riega.

Sus zagalejas con festivas danzas
Y coros concertados
Cantan de tu beldad las alabanzas
En mil himnos sagrados.

Y los tiernos amantes pastorcillos
Sus letras van siguiendo,
Tocando los acordes caramillos,
Conciertos mil haciendo.

Feliz, cantan, feliz tan dulce dia,
Entre todos glorioso:
Jamas lo desampare la alegría
Ni luz del sol hermoso.

Como fausto por siempre venerado
Quede de gente en gente,
Pues lo has, beldad divina, consagrado
Con tu primer oriente.

Angélica beldad, del alto cielo
Por Dios acá enviada.
Para gozo y honor del triste suelo,
Miéntra allá seas tornada,

Crece, luz soberana, en gracias crece
Y en virtud te adelanta,
Qual palma que en el valle alta florece,
Y al cielo se levanta.

Por ti goza la tierra venturosa
Abundancia y verdura,
Y cándida verdad y gloriosa
Fe de inocencia pura.

Dichoso el que agradarte mereciere,

Y en tu amor abrasado,
En lazada de rosa a ti viviere
Para siempre añudado.
  Así cantan los coros por el suelo
Esparciendo mil flores;
Arde en mas pura luz el almo cielo,
Y aplaude a sus loores.

ODA XXII.

A LA MAÑANA

EN MI DESAMPARO Y ORFANDAD.

Entre nubes de nácar la mañana
De céfiros regado el mustio suelo
Asoma por oriente;
Las mexillas de grana,
De luz candente el transparente velo,
Y muy mas pura que el jazmin la frente.
Con su albor no consiente

Que de la umbría noche el triste manto,
Ni su esquadra de fúlgidos luceros
La tierra envuelva en ceguedad y espanto;
Mas con pasos ligeros,
La luz divina y pura dilatando,
Al apartado mar los va lanzando.
Y en el diáfano cielo coronada
De rutilantes rayos vencedora
Se desliza corriendo:
Luego de la rosada
Lumbre que arroja el baxo mundo dora,
A cada cosa su color volviendo.
El campo recogiendo
El alegre rocío de las flores
Del yelo de la noche desmayadas,
Tributa al almo cielo mil olores:
Las aves acordadas
El cántico le entonan variado,
Que su eterno hacedor les ha enseñado.
En el exido el labrador en tanto
Los vigorosos brazos sacudiendo

A su afan se dispone,
Y entre sencillo canto,
Hora el ferrado trillo revolviendo
Las granadas espigas descompone,
O en alto monton pone
El derramado trigo en mejor parte,
O al bieldo lo levanta, porque el viento
De la liviana paja el grano aparte,
Con su suerte contento;
Miéntras los turbulentos ciudadanos
Libres se entregan a cuidados vanos.

Yo solo ¡miserable! a quien el cielo
Tan gravemente aflige, con la aurora
No siento ¡ay! alegría,
Sino mas desconsuelo.
Que en la callada noche alménos llora
Sola su inmenso mal el alma mia,
Atendiéndome pia
La luna los gemidos lastimeros,
Que a un mísero la luz siempre fué odiosa.
Vuelve pues rodeada de luceros,

O noche pavorosa,
Que el mundo corrompido ¡ay! no merece
Le cuente un infeliz lo que padece.

Tú con tu manto fúnebre, sembrado
De brillantes antorchas, entretienes
Los ojos cuidadosos,
Y al mundo fatigado
En alto sueño silenciosa tienes.
Miéntras velan los pechos amorosos,
Los tristes, solo ansiosos
Qual estoy yo de lágrimas y quejas,
Para mejor llorar te solicitan,
Y quando en blanda soledad los dexas
Sus ansias depositan
En ti, o piadosa noche, y sus gemidos
De Dios tal vez merecen ser oidos.

¡Que tú en tus negras alas los levantas,
Y con clemente arrebatado vuelo
Vas, y ante el solio santo
Los pone a sus plantas;
De allá trayendo un celestial consuelo

Que ledo templa el mas amargo llanto.
Aunque el fiero quebranto
Que este mi tierno corazon devora,
Por mas que entre mil ansias te lo cuento,
Por mas que el cielo mi dolor implora,
No cesa en el tormento,
Ni yo ¡ay! puedo cesar en mi gemido;
Húerfano, jóven, solo y desvalido.
Miéntras tú, amiga noche, los mortales
Regalas con el bálsamo precioso
De tu süave sueño,
Yo corro de mis males
La lamentable suma, y congojoso
De miseria en miseria me despeño,
Qual el que en triste ensueño
De alta cima rodando al suelo baxa:
Así en mis secos párpados desiertos
Su amoroso rocío jamas cuaja,
Siempre en mi daño abiertos.
Quiérote empero mas, o noche umbría,
Que la enojosa luz del triste dia.

ODA XXIII.

EN LA MUERTE DE NISE.

¿Que son tan triste lastimó mi oido?
¿Que antorchas melancólicas, que lutos,
Que cánticos dolientes,
Que lloro es este, que tropel de gentes?
¡Ay! ¡ay! la pompa fúnebre de Nise,
De la inocente Nise, que a la vida
Robó en su albor primero
De la parca cruel el golpe fiero.
Quando empezaba florecilla tierna
Su aroma a derramar, y el alma pura
A la impresion abria
Primera del placer que le reia.
Quando orgulloso en poseerla el mundo,
Preparándola cultos la fortuna
Mas dulce la adulaba,
Y el tálamo nupcial fausta le ornaba.

Quando sus gracias, su sensible pecho,
Su amable sencillez..... la muerte impia
¡Ay! presa en ella hizo,
Y en polvo y humo todo se deshizo.

No ha nada yo la vi con planta ayrosa
La tierra despreciar; yo vi sus ojos
Arteros, rutilantes,
Y en sus labios las risas revolantes.

La vi de la discreta Galatea
Al lado en la carroza mil cautivos
Hacerse. ¡O! ¡que donoso
Semblante! ¡que agasajo tan gracioso!

¡Ilusion triste de la ciega mente!
¿Que fué de todo ya? ¿quién te dixera
¡O Nise! en aquel dia,
Que la tumba a tus pies el hado abria?

¿Quien que a tus padres de perene duelo
Causa infausta crecias? ¿ni a mi musa,
Que quando se cantase,
Tus exêquias llorando celebrase?

Mas no, llorar no debe: venturosa

Rápida pasagera en plazo breve,
La orilla abandonada,
En blanda paz acabas la jornada.

Hallaste amargo de la vida el cáliz,
Y dél huyendo el inocente labio
Mas beber no quisiste,
Y azorada en la tumba te escondiste.

Tu alma feliz, sin conocer del mundo
Los lazos, las trayciones, voló al cielo,
Do como virgen pura
De eternal palma goza ya segura.

Y entre mil celestiales compañeras,
Los conciertos armónicos siguiendo,
Coronada de flores
Rinde al señor altísimos loores.

¡Nise! reposa en paz; mas si a la gloria
Do ries suben mundanales ansias,
Blanda oye estos gemidos
Por toda alma sensible a ti debidos.

ODA XXIV.

A DALMIRO

DE SUS VERSOS.

De pompa, magestad y gloria llena
Baxa, sonora Clio,
Y heroyco aliento inspira al pecho mio
Con fausto soplo y abundante vena,
Para que cante osado
El verso de Dalmiro arrebatado.

Arrebatado al esplendente cielo
Y a los Dioses, que atentos
A lo sublime están de sus acentos,
Dicha tal envidiando al baxo suelo,
Que goza en el poeta
Su gloria, su delicia y paz completa.

Y las fulgentes mesas olvidando
Que Jove presidia,
El néctar abandonan y ambrosía,

Baxando todos de tropel volando;
Y Jove al verse solo,
Tambien desciende desde el alto polo.
A gozar transportados los loores,
Que de Moratin canta
El que al divino Herrera se adelanta;
Y tal vez algun Dios de los menores,
Qual Bacante furiosa,
La cítara acompaña sonorosa.
¿Mas que furor sagrado dentro el pecho
Me entró sin ser sentido,
Y en sobrehumano fuego me ha encendido?
Ya el orbe inmenso me parece estrecho,
Y mi voz mas robusta
Al número del verso no se ajusta.
Qual suele el sacerdote arrebatado
Del claro Dios de Delo
Mirar con faz ardiente tierra y cielo,
Y el pecho y el cabello levantado
Con sus voces espanta,
La trípode oprimiendo con la planta:

Así yo tiemblo, y el furor que siento
Me inspira que le cante,
No vestido de acero rutilante,
Ni con la roxa insignia, que ardimiento
Da al duro pecho hispano,
Huyendo al verla el bárbaro Africano.
No en el caballo, que del dueño siente
El poderoso mando,
Tascando espumas y relinchos dando,
Y el pie sacude y gózase impaciente,
Quando al son de las trompas
Su esquadra rige entre marciales pompas.
Mas sí hiriendo la cítara sonante
Con el marfil agudo,
Que fieras y hombres domeñar bien pudo;
O con voz tierna y corazon constante
A su amada cantando,
Y el caso acerbo de su fin llorando.
Ceñida de laurel la docta frente,
Que Febo agradecido
Sirviéndole las Musas ha texido,

Y al alma Citerea, que clemente
Con su divina mano
Un mirto enlaza al lauro soberano,
Con los Dioses menores que le cercan;
Y él trinando entre todos
Con blando acento y lamentables modos,
En su dolor algunos no se acercan;
Mas otros diligentes
Corren, si bien con pasos reverentes.

¿Qual Poeta, o qual hombre en este mundo
Ha merecido tanto?
¿Qual pudo de los Dioses ser encanto,
Y no de los del tártaro profundo,
Sino de las mansiones
¿Do suben pocos ínclitos varones?

Orfeo y Anfion tanto ensalzados,
Que al dulce son movian
Hombres, fieras y montes do querian,
Y el que los hondos mares alterados
Calmó con blando acento,
Y la vida salvó por su instrumento:

La cítara de Píndaro divino
Y la trompa de Homero,
Y el gran Virgilio, que cantó guerrero
Las armas y el varon que a Italia vino,
Oygan todos pasmados
Los versos de Dalmiro al cielo alzados.

Las dulces moradoras de Hipocrene
No en blando y alto coro
Qual solas sigan tu vihuela de oro,
Ni su concento armónico resuene,
Flamante Dios de Delo,
Pues hay quien lo asemeje acá en el suelo.

Y tú salve, poeta soberano,
Y de inmortal corona
Tu frente se orne, gloria de Helicona:
La patria te la ponga por su mano;
Y tú reconocido
Con tus versos la libres del olvido.

Salve, Dalmiro, salve, y venturoso
De mil claros varones
La virtud y las ínclitas acciones

Sublimé canta en verso numeroso;
Y tu fama en el suelo
Fausta se extienda y toque al alto cielo.

ODA XXV.

EN UNA SALIDA DE LA CORTE.

¡O! ¡con que silbos resonando aflige
El aquilon mi oido! En negras nubes
Encapotado el cielo,
El rápido huracan revuelve el suelo.

El blando otoño se amedrenta y cede
Al invierno sañudo, que entre nieblas
Alza su frente umbría
Por la enriscada cumbre del Fuenfría.

Cesan mudas las aves, largas lluvias
Inundan los collados, a un torrente
Otro torrente oprime,
Y el lento buey con el arado gime.

Oygo tu voz Minerva: ya me ordenas
La corte abandonar por el retiro
Pacífico y el coro
De divinos poetas. El canoro
Cisne de Mántua y el amable Teyo,
La dulce abeja del ameno Tíbur,
Laso y el culto Herrera
Del Tórmes a la plácida ribera
Me arrastran; y tú en lauro coronado,
O gran Leon, que tu laud hiriendo
Tierno en el bosque umbrío,
Frenaste el curso al despeñado rio.
La falsa corte y novelero vulgo
Desdeña el númen; los tendidos valles
Y el silencio le agrada,
Y la altísima sierra al cielo alzada.
En ocio y paz de la verdad atiendo
Allí la augusta voz, el alma dócil
Su clara luz recibe,
Huye el error y la virtud revive.
Y al cielo alzados los clementes ojos,

Le seña con la mano la ardua cumbre
Do la gloria se asienta,
Y a su lauro inmortal el pecho alienta.

Con vuestra llama inflamaré mi acento,
O blandos cisnes de Helicon, y alegre
Burlaré del obscuro
Pluvioso enero en el hogar seguro.

Que tambien algun dia silbó el noto
Sobre vuestras cabezas, y aterido
Tambien quiso el invierno
El eco helar de vuestro labio tierno.

¡Ay! ¡que dura en el mundo! al albo dia
La noche apremia, desparece el año,
Y juventud graciosa
Cede fugaz a la vejez rugosa.

¿A que afanar para un instante solo?
Ya me acecha la muerte, y ni los ruegos
Enternecen la cruda,
Ni hay escapar de su guadaña aguda.

Ella herirá, y en el sepulcro umbrío
Polvo y nada entraré, sin que mas dexe

¡O amargo desconsuelo!
Que un nombre vano y lágrimas al suelo.

ODA XXVI.

AL OTOÑO.

Fugaz otoño, tente,
Que embriagada en placer el alma mia
Con tu favor se siente,
Y en su dulce alegría
Porque atras tornes votos mil te envia.
Tente, dexa que goze
Tú plácida beldad feliz el suelo,
Y el hombre se alborože,
Viendo qual colma el cielo
Con tu abundancia opima su desvelo.
No atiendas, o corona
Deliciosa del año, eterno esposo
De la amable Pomona.

No atiendas desdeñoso
El ruego de los hombres fervoroso.
  Por ti la selva y prado
De hojas viste y de flores primavera,
Y en estío abrasado
Con mas ardua carrera
Se pierde el día en la luciente esfera.
  Todas las estaciones
Te sirven a porfía, y dadivosa,
Desparciendo sus dones,
Tu mano con vistosa
Profusion orna el mundo cariñosa.
  Yo cantaré tus bienes,
Padre de la abundancia, coronado
De pámpanos las sienes,
Entre parras sentado
Al rayo bienhechor del sol templado;
  Ocioso, en paz süave,
De vil adulacion libre el oido,
Léjos la rota nave
Del golfo embravecido,

Y en su belleza el ánimo embebido.
¿Que perfumes? ¿que olores
Lleva el aura en sus alas? ¿que verdura
Es esta y tiernas flores?
¿Que rica vestidura
Cubre súbito el suelo de hermosura?
Do quier me torno, veo
Mil delicados frutos: la granada
Brinda hermosa al deseo,
Y en la rama colgada
Mece el viento la poma sazonada.
Los huertos; las laderas
Brillan en mil colores a porfía;
Las aves lisonjeras
Hinchen con su armonía
De deleyte los pechos y alegría.
El rústico inocente
De su sudor el fruto con usura
Recoge diligente,
Y ponderar procura
Con sencillas palabras su ventura.

O en mas altas canciones
Tus dones, rico otoño, alegre dice,
Los celestiales dones
Con que le haces felice,
Y en su grato entusiasmo te bendice.
Que tú su pecho llenas
De gozo y confianza, y al futuro
Arado y a las penas
Del exercicio duro
Le haces volar en corazon seguro.
A tí solo armoniosa
Mi lira ensalzará, no los ardores
Del Leon, o la ociosa
Estacion de las flores,
Ni del sañudo invierno los rigores.
Ensalzará cantando
Tu belleza, tu calma, tu frescura,
Miéntras su hervor templando
Dexa el sol que segura
Trisque en el prado la doncella pura.
Arrebolado el cielo,

La atmósfera tranquila, manso el rio,
Del viento el leve vuelo,
Y el soto verde umbrío
Saltar hacen de gozo el pecho mio.
¿Mas que insanos clamores?
¿Que algazara de súbito ha sonado?
Ya de vendimiadores
Las lomas se han poblado,
Y el Dios del vino la señal ha dado.
Remuévense las cubas:
Entre confusas voces y tonadas
Las sazonadas ubas
Del vástago cortadas
Danzando son del pisador holladas.
El tórculo resuena,
En purpúreos arroyos espumante
El mosto el lagar llena,
Y con grita triunfante
Corre en torno y lo aplaude el tierno infante.
Todo es risas y gozo.
La sencilla rapaza á su querido

Halaga sin rebozo,
O con desden fingido
Sus brazos huye, y déxale corrido.
La cándida alegría
Vaga de pecho en pecho, celebrado
En coros a porfía
El néctar regalado,
En que el tierno racimo se ha tornado.
Ven pues, o Dios del vino,
Ven, que todos te llaman calurosos
Con tu licor divino,
Y rige sus dudosos
Pasos y sus cantares licenciosos.
Ven, que ya de occidente
Silban las tempestades, y yá el cielo,
De tiniebla inclemente
Cubierto, el desconsuelo
Del aterido invierno anuncia al suelo.

FIN.

ÍNDICE
DE LAS POESÍAS
DEL TOMO PRIMERO.

A

B

C

D

E

F

G

I

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

V

Y

ERRATAS.

Pág. 87. lín. 18. dice: *insta*, y debe leerse: *insista.*

Pag. 300. lín. 20. dice: *pone*, y debe leerse: *pones.*

